

algún tiempo trabajando aquí, en La Habana, cuando supe lo del desembarco del Gramma y decidí incorporarme a los rebeldes. Meses después, en marzo de 1957, me presenté en el campamento de Fidel Castro, situado en El Jigüe, cerca del Alto de Caguara, en La Plata.

Su conversación estaba salpicada de exclamaciones y frases típicas:

—¡Alabado sea Dios, qué problema tuve cuando llegué allí! El comandante desconfió de mí, pues no llevaba credencial alguna ni conocía a nadie que me recomendara. Me increpó preguntándome quién me había mandado a buscar, pero yo no me le achiqué. Le respondí que para pelear por la libertad ningún cubano necesitaba que lo mandaran a llamar y que yo tenía el mismo derecho que él para luchar contra la dictadura.

Hizo una pausa:

—El comandante seguía recelando de mí, creyéndome un espía, pero al fin me permitió quedarme en el campamento. Me tuvo más de un mes en observación, pero al fin me permitió pelear al lado de sus demás hombres. Manejé siempre ametralladoras: primero una tripode 30-06, luego una "Browning" y por último una "Thompson".

El capitán Sánchez Díaz evidenció su conocimiento de la guerra de guerrillas practicada por los rebeldes:

—He participado en infinidad de combates y en numerosas escaramuzas, que son más peligrosas. Le perdíamos totalmente el temor a los aviones. No podían hacernos blanco. Tanto era así, que cuando veíamos un avión lo llamábamos a gritos. Les era muy difícil alcanzarnos. Es como si usted trazara un meridiano en el suelo y tratara de tocarlo tirándole una piedrecita. Las avionetas sí resultaban más peligrosas. Fastidiaban mucho con ese ruido "cansón".

Los miembros del ejército regular miraban curiosos al oficial rebelde mientras éste criticaba jovialmente la estrategia absurda del alto mando batistiano:

—Era un disparate dirigir las operaciones desde los aviones, como lo hacían esos militares. Desde arriba no se aprecian con claridad las dificultades del terreno, que son las que hay que tener en cuenta. Por ejemplo, localizar una posición y hacer blanco no es tan fácil. Casi nadie sabe disparar en terrenos quebrados. Por eso nosotros aprendimos a hacer un uso correcto de nuestras armas. Yo estoy convencido de que para ser un buen tirador es bueno trabajar antes como albañil o ingeniero, para adquirir conciencia de la distancia y de las dificultades del medio.

Prosiguió, siempre sonriendo:

—Yo tenía cierta experiencia en la forma de disparar, porque había sido antes cazador, pero tuve que aprender muchas cosas. Nos era fácil interceptar las órdenes de mando del enemigo y descifrar sus claves, aunque las cambiaban a menudo. En ocasiones hasta los pusimos a pelear entre sí.

Hizo una interesante observación:

—Los soldados que enviaban a pelear no podían hacerlo con la efectividad de nosotros. Un hombre que tiene alojamiento, comida abundante, ropa limpia y una novia que le espera no tiene la misma disposición de lucha del que vive en el monte pasando dificultades, hambriento a veces y sin otra alternativa que pelear... Sin embargo tropezamos muchas veces

con adversarios de gran valor. Recuerdo un mulato alto y fuerte, con un escapulario en el pecho, con quien trabé un combate cuerpo a cuerpo. ¡Qué hombre más duro de pelar! ¡Llevábamos forcejeando largo rato, cuando me tiró una granada que me cayó entre las piernas. De un salto escapé a la explosión. Luego le dije: ¡Ah caramba, tu me enseñaste, aquí te va esta mía! ¡Y allí mismo quedó! Lo siento, porque era un hombre valiente.

Sus últimas palabras:

—Yo aprendí a tratar a mis hombres, y creo que el honor es lo más grande que hay. Un hombre que pierde el honor lo pierde todo. Por eso, cada vez que nos veíamos en una situación difícil, yo apelaba al honor de mis compañeros.

En estos momentos —son las 6:30, oscurece ya— entra a Columbia la noticia de que se aproxima el comandante Camilo Cienfuegos con su tropa. La efervescencia dentro de la Ciudad Militar llega al colmo. Todo es confusión, órdenes contradictorias, soldados y clases apiñados, ovaciones, súbita alegría. Parece como si jamás hubiera sido aquel centro castrense el reducto más exclusivo de la tiranía de Batista.

Pronto se ve el contingente revolucionario. Cruzan la posta de entrada, en dirección opuesta a la de los traidores del marxismo, los soldados de la libertad. A diferencia de tanto "simpatizante" fútil y fácil que ahora brota como la hierba en los predios castrenses, para protegerse de persecuciones, aquellos invasores son una estampa viva de penalidades sin cuento, sufridas por más de dos años: con sus barbas y sus uniformes ajados, curtidos por el sol y empuñando sus armas, la historia emerge con ellos.

El enviado de BOHEMIA logra hacer un aparte con Camilo Cienfuegos, después de charlar éste con el coronel Barquín por espacio de media hora.

El comandante del 26 de Julio, hombre joven y delgado, más bien de alta estatura, no se diferencia apenas de sus compañeros por el atuendo. Bajo el sombrero de anchas alas se desbordan las madejas de pelo castaño oscuro. Una barba erizada, en punta, se proyecta de su rostro, dándole una fisonomía aguda y personal. Se recuerda involuntariamente la figura de Robinson Crusoe.

En parte por sus palabras y también por otros conductos, se desgrana entre palpitantes relatos su biografía. Nació en el barrio habanero de la Vibora y cuenta actualmente veintiséis años. Es el menor de tres hermanos. Estudió pintura de adolescente en la escuela anexa de San Alejandro.

—Pero mi gran sueño era aprender periodismo, revela súbitamente, sorprendiendo al reportero que lo entrevistaba.

Observan todos que el gran combatiente, ahora curtido por la intemperie, es de tez muy blanca. En la mano izquierda tiene una cicatriz de campaña. De rostro ancho y abierto, inclina frecuentemente la cabeza, como confuso de hallarse en un medio increíblemente sosegado y acogedor, después de tantas calamidades e incertidumbres. Ríe poco, pero cuando lo hace se le ilumina todo el semblante. Entonces

sale a flote en él algo simple y hondo, infantil y puro, que impresionó.

Según todas las apariencias —porque Camilo Cienfuegos es poco dado a revelar intimidades—, las persecuciones sufridas por su hermano Osmani, estudiante de Arquitectura, de veintisiete años y miembro de la FEU, influyeron mucho en su decisión de sumarse a la hueste rebelde cuando se incubaba la expedición de Fidel Castro. Osmani, capturado en dos ocasiones, fue sometido a golpes y torturas a manos de los verdugos de Ventura y Carratalá.

Por aquel tiempo, Camilo trabajaba en la sastrería El Arte, de Reina 61, y no pudo soportar por mucho tiempo la opresión moral de lo que padecía su hermano. A mediados de 1956 se fue a México, incorporándose al grupo de Fidel Castro, entonces muy pequeño. La idea de traer un contingente invasor a Cuba y fomentar la insurrección flotaba en el aire, increíble para la mayoría.

—Vine en el Gramma, pronuncia sencillamente, como si dijera que llegó en un viaje regular sin méritos. Cuando desembarcamos en las costas de Niquero, todos saben lo que sucedió. Yo quedé con un grupo de ocho hombres, junto con Guevara, Almeida, Ramiro y otros, marchando por las costas de Viana. Estuvimos nueve días sin comer. Al fin nos localizó Crescencio Pérez, que ya estaba en contacto con Fidel Castro.

Responde a sucesivas preguntas:

—Reorganizamos nuestras fuerzas con el apoyo que nos llegó de Santiago de Cuba y constituimos la primera columna, la número 1, José Martí. Días después, en el combate del Uvero, Fidel Castro me designó teniente de ella. Seis meses más tarde recuerdo que fue el 10 de octubre de 1957, obtuve el grado de capitán.

Cuesta trabajo extraerle recuerdos personales de sus campañas, pero al fin se va logrando:

—Durante varios meses peleamos en las montañas, aprendiendo sobre el terreno la técnica de la lucha de guerrillas. En Pino del Agua me hirieron de un balazo en el vientre y otro en la pierna. También sufrí una herida de mortero.

La voz de Cienfuegos es clara y articula con precisión las palabras. Es difícil ver en él al jefe, al hombre hecho a mandar hombres, pues no se trasluce en sus ademanes nada de autoritario. Continúa con su palabra reposada y serena:

—El primero de abril de 1958 bajé al llano con una compañía, operando desde entonces en las zonas del río Bayamo, Cauto El Paso y Cauto Cristo. Alrededor de agosto o septiembre, no recuerdo bien, el ejército de Batista desató una poderosa ofensiva contra nosotros. Nos lanzaron varios batallones, pero todo fue una gran victoria para nuestras armas. Les hicimos cientos de bajas, entre ellas cerca de quinientos prisioneros, que les devolvimos luego a través de la Cruz Roja. Más de mil fusiles pasaron a nuestro poder.

Refiere una de las hazañas más notables de la epopeya invasora:

—Nuestro comandante en jefe decidió después enviar dos columnas a la región de Las Villas, mandadas respectivamente por el comandante Ernesto Guevara y por mí. La mía se componía de no-

venta hombres. Atravesamos Camagüey por la parte sur. Siete compañías del ejército, al mando del capitán Alfredo Wong Lee, se lanzaron en persecución de nosotros. Llegamos a tener detrás dos mil soldados de Batista. Nos pusieron una trampa, pero logramos capturar a un oficial de ellos y lo utilizamos como práctico para eludirlos.

—En treinta y un días que duró la travesía por Camagüey, prosigue CC, nos alimentamos solamente once veces. Hasta una yegua cruda tuvimos que comernos. Pero fue un éxito. Sólo perdimos un hombre, el teniente Delfín Moreno, en Marroquí, y nos hicieron prisionero al teniente Senén Marín en la arrocera del Toro. Al fin llegamos a Las Villas con dos prisioneros, y ellos mismos nos sirvieron de guías para salir de las emboscadas.

El capitán de la retaguardia, Sánchez Díaz, interviene en la conversación:

—Perdóneme, comandante... Cuénteles lo que hacíamos cuando la cosa se ponía difícil.

—Bueno, sonrió el jefe insurgente, en los momentos de mayor dificultad salíamos adelante cantando el Himno Nacional...

Reanudó su relato, como si lo que acababa de revelar tuviera poca trascendencia:

—Nuestra misión era llegar a Pinar del Río. Lo hubiéramos realizado si Batista no se fuga. Precisamente en estos días íbamos a trasladarnos a la provincia de Matanzas... Al llegar a Las Villas constituimos el frente norte de la provincia. Incorporamos al mismo la columna Marcelo Salado, al mando del Capitán Regino Machado, y la Máximo Gómez, al mando del comandante Félix Torres.

Cuenta episodios de la campaña en la provincia central:

—Yo cubrí la parte de Zulueta Meneses, Mayajigua y el resto de esa región. Libramos varios combates importantes y capturamos varias ciudades. La ofensiva se cerró con broche de oro al capturar en Yaguajay al propio capitán Wong Lee, nuestro perseguidor.

Una aclaración:

—No todos los oficiales del ejército de Batista eran ladrones y asesinos, como Merlo Sosa, Casillas y Sánchez Mosquera, el que dio muerte a 53 campesinos en un solo día. El comandante Quevedo, por ejemplo, al que hicimos prisionero en El Jigüe, es un hombre intachable y pundonoroso. Siente gran satisfacción al oír que nuestro comandante en jefe lo incluye en nuestras fuerzas...

Pero, añade, las depredaciones de ciertos sujetos del ejército son indescriptibles. En el cuartel de Remedios hallamos a un mujer muerta con un niño en brazos, y dos soldados colgados por la boca en ganchos de carnicería...

En la mente de los que escuchan se alza por un momento, al conjuero de esas palabras, la imagen de una Cuba atormentada, mártir del más oprobioso régimen de su historia.

Camilo Cienfuegos dedica los últimos minutos de la entrevista a un incidente inesperado, en que estuvo a punto de perder la vida:

Fue en el transcurso de una escaramuza intrascendente. Nosotros habíamos ocupado la carretera de Camajuani a Santa Clara, dictando una orden que limitaba el tránsito a sólo tres días por semana. Un día, al salir de recorrido en compañía de un ayudante, tropecé con

un jeep que creí tripulado por civiles. Ya cerca de nosotros, un teniente, que lo venía tripulando alzó el rifle y nos gritó: "¡Ríndanse!"... Yo reaccioné prontamente, y le dije a mi ayudante: "¡Tírale!". El oficial de Batista fue un blanco perfecto para nosotros. Me parapeté, disparando sin cesar, y no tuvimos novedad. Un sargento, famoso por sus crímenes, resultó muerto allí, y un soldado salió huyendo, dejando abandonadas las armas.

Son sus primeras declaraciones a un periodista habanero.

LA GUERRA

"Esta es una batalla decisiva..."

EN sustitución de Alberto del Río Chaviano, cuya capacidad técnica no corría pareja con su vocación criminal, el general Eulogio Cantillo asumió el mando del regimiento Maceo. De éste se afirmaba que era el cerebro militar del régimen marquista, oficial de academia y experto en táctica y estrategia. Era uno más en la extensa cadena de "napoleones" enviados por Batista para aplastar la heroica acción de la Sierra Maestra.

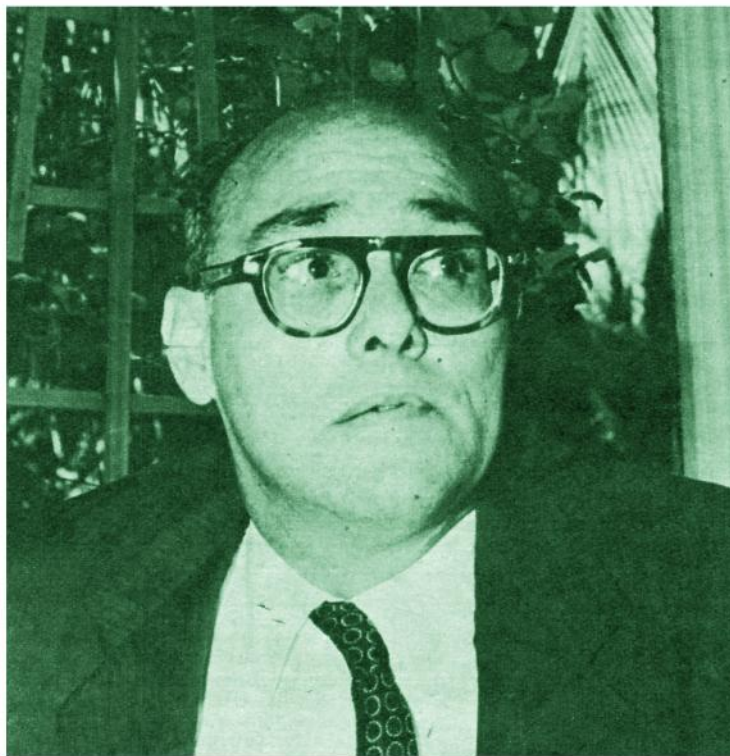
Bayamo continuó como centro de operaciones. Allí eran conducidos los muertos y heridos que, luego de los primeros auxilios eran enviados a los hospitales de Santiago y de Columbia. En la Ciudad-Monumento funcionaba un team de médicos. El mando de la plaza lo ejercía el comandante Merlo Sosa.

A Oriente afluyeron tropas de refresco en grandes cantidades. Eran los "bocaditos" con paga de 30 pesos mensuales. Llegaron tanques y carros blindados, artillería de montaña, equipos lanzallamas y municiones y vituallas. Se habilitaron nuevos aeródromos y los odiosos aparatos de la FAE se posaron en la gloriosa tierra oriental.

En la capital, los voceros de la dictadura proclamaron que se iba a iniciar la ofensiva final y que los días del ejército rebelde estaban contados. Todos los días, Otto Muelle asomaba su rostro bufonesco a las pantallas de CMQ-TV y, unas veces solo, y otras, con la asistencia de Masferrer, el denso Fernando del Busto, el ex-comunista Julián Sotolongo o el insidioso Luis Manuel Martínez, cantaba el responso a los "forajidos", "muerte y huye" y "vendepatrias" de la Sierra.

El mando enemigo había reunido para el tremendo impulso 14 batallones de infantería y siete compañías independientes, con las siguientes unidades: batallón 10, comandante Nelson Carrasco Artilles; batallón 11, teniente coronel Ángel Sánchez Mosquera; batallón 12, capitán Pedraja Padrón; batallón 13, comandante J. Triana Tarru; batallón 14, comandante Bernardo Guerrero Padrón; batallón 16, capitán Figueroa Lara; batallón 17, comandante Corzo Aguirre; batallón 18, comandante José Quevedo Pérez.

Otras fuerzas las integraban el batallón 19, comandante Suárez Fouler; batallón 20, comandante Caridad Fernández; batallón 21, comandante Franco Llitas; batallón 22, comandante Eugenio Menéndez Martínez; batallón 23, comandante Armando González. Y las compañías K, L, segunda y quinta; una compañía de tanques del regimiento 10 de marzo, una fuerza aérea



Manuel Antonio de Varona, presidente del PRC auténtico, es una de las figuras de la política cubana que con más tesón, firmeza y sin claudicaciones de ningún género ocupó en todo momento —en la lucha por los derechos del Congreso, de cuya presidencia fue despojado en 1952 por el golpe marquista; en los diversos intentos de unidad opositorista contra la dictadura y, finalmente, en el acopio de elementos para la insurrección en la postrera etapa de Batista—, la primera línea del deber. Ocupa por derecho propio un lugar en la iconografía revolucionaria del momento.

al mando del teniente coronel Armando Soto Rodríguez y otra de la Marina de Guerra al mando del capitán J. López y unidades de la Guardia Rural al mando del teniente coronel Arcadio Casillas Lumpuy.

El estado mayor lo constituía Cantillo, Chaviano, Dámaso Sogo, Ugalde Carrillo, Merlo Sosa, Sáenz de Calahorra, Juan Arias, Bernardo Perdomo, Ferrer Da-Silva, Morales Díaz Villa, Martín Trujillo y otros muchos. Sobre el papel lucía un ejército formidable, capaz de arrollar toda resistencia. En las montañas les aguardaba, inferiores en número y recursos, una tropa de civiles armados que había aprendido el arte de la guerra sobre el propio campo de batalla.

En sus cuarteles de la cordillera, Fidel Castro vigilaba los movimientos del enemigo. Cuando los soldados de la tiranía fijaron sus posiciones, el comando rebelde movió las suyas. Las columnas que operaban al sur y centro de la región se replegaron hacia el frente número 1. Juan Almeida, Guevara, Camilo, Crescencio Pérez, Ramiro Valdés Matos y otros jefes desplazaron secretamente sus tropas para formar una línea defensiva de 30 kilómetros de extensión, cuyo eje principal era el alto de la Sierra.

El líder insurrecto, en vísperas de iniciarse el ataque, dictó una orden del día que iba a cobrar, con el correr de los meses, categoría de documento histórico.

—Tenemos que estar conscientes —afirmó Fidel— del tiempo mínimo que debemos resistir organizadamente y de cada una de las etapas sucesivas que se van a presentar. Más que en este momento estamos pensando en las semanas venideras. Esta ofensiva será la más larga de todas.

—Después del fracaso de ésta,

Batista estará perdido irremisiblemente y él lo sabe y por lo tanto hará el máximo de esfuerzo. Esta es una batalla decisiva que se está librando precisamente en el territorio más conocido por nosotros.

—Estamos dirigiéndolo todo para convertir esta ofensiva en un desastre para la dictadura. Estamos tomando una serie de medidas para garantizar: Primero: la resistencia organizada. Segundo: Desangrar y agotar al ejército adversario. Tercero: La conjunción de elementos y armas suficientes para lanzarlos a la ofensiva apenas ellos comiencen a flaquear.

Seguía diciendo el Comandante en Jefe:

—Están preparadas una por una las etapas sucesivas de defensa. Albergamos la seguridad que haremos pagar al enemigo un precio altísimo. A estas horas es muy evidente que están muy atrasados en sus planes, y aunque presumimos que hay mucho que luchar, dados los esfuerzos que deben hacer para ir ganando terreno no sabemos cuánto les durará el entusiasmo. La cuestión es hacer cada vez más fuerte la resistencia y ello será así a medida que sus líneas se alarguen y nosotros vayamos replegándonos hacia los sitios más estratégicos.

—Como consideramos posible que en algunos puntos ellos logren franquear la Maestra en documentos adjuntos se dan las instrucciones precisas para cada caso. Los objetivos fundamentales para estos planes son: Primero: Disponer de un territorio básico donde funcione la organización, los hospitales, los talleres, etc. Segundo: Mantener en el aire la emisora rebelde que se ha convertido en factor de importancia. Tercera: Ofrecer una resistencia cada vez mayor al enemigo, a medida que nos concentre-

mos y ocupemos los puntos más estratégicos para lanzarnos al contraataque.

Y empezó la batalla.—La dramática expectación de Oriente se desplazó desde las ciudades hacia la Sierra Maestra. Las milicias del M-26-7, con arrojo que iba más allá de las fronteras del heroísmo, se lanzó a desesperadas acciones de retaguardia para retener en las zonas urbanas el mayor número posible de tropas enemigas, atacando los carros patrulleros, dinamitando puentes y acueductos, destruyendo tramos de vía férrea, acosando de día y de noche a las fuerzas del tirano. En valor y patriotismo igualaron a sus hermanos de la cordillera.

La guerra de guerrillas pasó a ser una de movimientos y posiciones. Entre los contingentes enemigos que atacaban por el norte y el sur sólo existía una distancia de siete kilómetros. Entre las dos muelas de esa formidable tenaza militar pensaban triturar a los rebeldes. La consigna del alto mando insurgente consistía en resistir primero y golpear después.

El propio Fidel Castro, en un sensacional mensaje radiado desde la planta de la Comandancia general, detalló el curso de la campaña:

—El 29 de junio se asestó en Santo Domingo a las fuerzas de la tiranía al mando del teniente coronel Sánchez Mosquera el primer golpe anodante contra una de las tropas más agresivas que contaban. Con las armas y el parque ocupados en esa acción, que duró tres días, se inició el fulminante contraataque que en treinta y cinco días arrojó de la Sierra Maestra a todas las fuerzas enemigas, después de ocasionarles casi mil bajas, entre ellos, más de 443 prisioneros.

Empezó la debacle batistera. Santo Domingo dos veces, Meriño, El Jigüe, Las Vegas de Jibacoa, Las Mercedes, La Plata y Arroyones fueron teatro de nuevos y encarnizados combates antes que el empuje rebelde quebrantara la espina dorsal de la resistencia adversaria. En su fuga, el ejército de Batista, dejó aislados a varios batallones que fueron rodeados por el M-26-7. Era cuestión de tiempo liquidar tales bolsones.

Los soldados atrapados cavaron trincheras mientras alrededor de ellos se cerraba el anillo de hierro de la contraofensiva. Cortadas las comunicaciones con sus bases, quedaron sin avituallamientos. Una vez agotadas las raciones de emergencia y el agua de las cantimploras se vieron condenados a los tormentos del hambre y la sed.

Entró en acción la guerra psicológica. Durante el día los morteros insurgentes y el fuego de ametralladoras obligaban a los sitiados a permanecer pegados a la tierra. Tiradores expertos hacían blancos infalibles en cuantos osaban moverse. Al anochecer, un silencio espeso descendía sobre las angustias de las trincheras del ejército de la dictadura. Así, por horas enteras, sin que un solo tiro quebrara el reposo de la noche.

Y de pronto, desde cualquier punto, en las sombras, partía una voz estentórea hablando por un altoparlante:

—¡Comandante Quevedo! ¡Hermanos soldados! ¡No queremos matarlos! ¡Están totalmente cercados sin esperanzas de recibir refuerzos! ¡Ríndanse y se les respetará la vida! ¡Piensen en sus madres, en sus hijos y sus esposas! ¡Mientras ustedes mueren aquí por una mala causa, Batista, Tabernilla y sus ase-

sinos y bandidos se enriquecen a expensas de ustedes! ¡Rindanse, soldados! ¡El territorio de Cuba Libre les espera!

Las montañas, como una enorme caja de resonancia recogían y ampliaban la dramática apelación. Luego, retornó el silencio: En sus zanjías defensivas lloraban quedamente muchos soldados, infeliz carne de cañón, muchachuelos seducidos por la tentación de la paga y el uniforme, a los que la insensibilidad de un régimen infame enviaba al sacrificio.

La torpeza e incapacidad del mando enemigo, la cobardía y corrupción de los jefes al abrigo de la retaguardia, facilitó la aplastante victoria de los rebeldes. En el curso de la batalla de Las Mercedes, en lugar de mandar los tanques Sherman al frente, cubriendo a la infantería, colocaron a los soldados a la vanguardia, haciéndolos marchar por senderos plagados de minas eléctricas que los volaban en pedazos al par que los fusileros rebeldes los diezaban implacablemente.

Ninguno de los oficiales de los distintos batallones tenía conocimiento de la suerte corrida por las otras unidades. La compañía L de infantería fue destruida en el mismo sitio donde lo fuera la G-4 dos días atrás. Al batallón 22 se le hizo moverse desde Santo Domingo hacia Pueblo Nuevo sin advertir que las fuerzas del M-26-7 se habían posesionado de ese sector. En ocasiones, la FAE bombardeó y ametralló a sus propios compañeros.

—Como adversario leal, con sentido humano de la guerra—comentó Fidel— en muchas ocasiones, he sentido pena por la forma criminal y estúpida con que esos soldados eran engañados y sacrificados por el mando militar.

Esta vez, el Estado Mayor de Columbia tropezó con insuperables obstáculos para engañar a la opinión pública y mentir a sus propios hombres. Desde Caracas entraba la voz de Manolo Iglesias difundiendo los comunicados de la Sierra y pregando las resonantes victorias. A poco, la misma planta rebelde, ganando volumen, penetraba en todos los hogares. La radio de onda corta devino en artículo de primera necesidad.

El 26 de Julio se dirigió a la Cruz Roja Internacional demandando sus oficios para la devolución de los heridos prisioneros. En Ginebra, sede de la benemérita institución, quedaron estupefactos. ¿Qué hacía la Cruz Roja Cubana? Ignoraban, por supuesto, que el jerarca de la filial cubana, Figarola Ifante, estrechamente vinculado a Batista, hacía de cómplice en la inhumana propaganda encaminada a negar la existencia de un estado de guerra.

Para informar cabalmente a la institución con sede en Ginebra fue comisionado el profesor Roberto Agramonte, exilado a la sazón en Miami.

La enérgica intervención de la CRI se impuso a las aviesas zancadillas de Figarola y los prisioneros y heridos del ejército fueron entregados. Cada uno de ellos era un testimonio vivo de la generosidad de los rebeldes. En el seno de los institutos armados hizo crisis la leyenda negra de los "forajidos y cuatreros". En el susurro de los cuarteles y los campamentos, el nombre de Fidel Castro empezó a mencionarse envuelto en un aura de gratitud y respeto.

Con clara visión del minuto y sus posibilidades, el líder revolucionario continuó golpeando sobre la quebrantada moral del enemigo. Su cálido mensaje, una vez en la

noche, iba demoliendo el aparato que Batista había levantado tras veintiséis años de privilegios y halagos. En todos los terrenos el hombre de Columbia cedía ante el hombre de la Sierra.

—Los soldados —hablaba FC—, no escuchan otro discurso que los que endilgan en Columbia los 10 de marzo o los 4 de septiembre. Nadie les dice jamás que detrás de toda esa palabrería, mentira y engaño de que los hacen víctima, se esconde un interés de los políticos del régimen: robar, y un propósito: que los soldados mueran para defender el infame y corrompido régimen.

En los puestos avanzados de Oriente, a tiro de fusil de las líneas rebeldes, en los cuarteles, en el hogar del soldado, allí penetraba Fidel con su mensaje.

—Yo estoy completamente seguro —continuaba— que si un solo día, en vez de combatir, se pudieran reunir todos los revolucionarios y todos los soldados, la tiranía desaparecería al instante y una paz larga y sincera se iniciaría por muchos años.

—He observado la calidad humana de muchos soldados, y a fuer de sincero hubiera deseado fueran compañeros de lucha. Me he preguntado muchas veces cuántos hombres valiosos habrán muerto en el engaño de que defendían algo por lo que valía la pena luchar.

La semilla iba germinando. La tropa estaba consciente de la sarta infame de mentiras urdida en el estado mayor de Tabernilla. Un sacerdote renegado, el comandante Boix Comas, era el encargado de montar, en torpe prosa, el sucio aparato de mentiras que, pretendiendo subestimar a los rebeldes, revertía en desprecio hacia el sufrimiento y el sacrificio de los propios soldados.

La ferocidad de la impotencia

Era el 21 de julio de 1958. En sus posiciones del Jigüe, el batallón 18 había visto cortadas todas sus posibilidades de escape. Hacia tres días que faltaban alimentos y agua. El tiro en parábola de los morteros batía implacablemente las trincheras del ejército y las ametralladoras levantaban surtidores de tierra al borde de los improvisados parapetos. Los soldados, exhaustos, se encogían en los refugios que muy pronto iban a devenir en tumbas.

Al mediodía, inesperadamente, cesó el fuego. El súbito silencio resultaba más impresionante que el propio bombardeo. El comandante José de la C. Quevedo Pérez, treinta y tres años, rostro enérgico, asomó cautelosamente la cabeza por sobre la trinchera. Sus hombres se alzaron penosamente apostando los fusiles. Las "50" apuntaron hacia puntos indeterminados en el monte.

Transcurrieron unos minutos de dramática espera. Una voz conocida, la misma que, noche a noche, les llamaba a la rendición, se hizo escuchar:

—¡Atención, atención! Comandante Quevedo, en estos momentos un soldado prisionero se dirige hacia ustedes portando un mensaje del Comandante en Jefe. ¡No le hagan fuego! ¡No le hagan fuego!

La apelación se repitió varias veces. Quevedo se volvió hacia su tropa:

—¡Alto el fuego! ¡Déjenlo llegar!

Un sentimiento de esperanza renació en los miembros del cercado batallón. Más que la disciplina, era el afecto a su jefe el que les había llevado a prolongar la inútil resistencia. Todos sentían un desesperado anhelo por arrojar sus armas, llevar agua a sus labios tumefactos y acostarse a dormir en total olvido de los horrores de la guerra.

Por entre los árboles avanzó alguien en uniforme militar. Al minuto, Quevedo estaba leyendo la carta de Fidel, redactada a mano en 19 hojitas de papel rayado, y fechado el 19 de julio, a las once pasado meridiano.

—Si no fuera usted el caballero que es —le escribía el líder del M-26-7— el hombre humano y decente que con tanta bondad ha tratado a los ciudadanos donde quiera que ha estado; si no fuera usted el jefe querido de sus soldados por el trato que les ha dado; si no fuera usted el militar de sentimientos patrióticos y democráticos, forzado por amargas circunstancias a librar esta campaña contra la razón, el derecho y la justicia, en la que ninguna honra y gloria podría ganar, aunque la fortuna lo acompañara, no me dolería que pereciera usted de hambre y de metralla con todos sus soldados que en definitiva están sirviendo lo ignominioso causa de la tiranía que ha costado la vida de muchos buenos compatriotas...

Y agregaba:

—Pero mi conciencia de hombre honrado, mi sensibilidad humana hacia otros hombres en la adversidad, me imponen, al menos, la obligación de hacer algo por esos hombres que están ahí, engañados la mayor parte, creyendo las burdas historias que han inventado los que comercian con la sangre de los soldados de la República, y por usted, que pasa la amargura de verse en esa difícil situación, por usted que es uno de los militares que conozco en el ejército y que por un prurito de honor que sólo se justifica en defensa de la patria y de las causas nobles, por usted que va a sacrificar su vida y la de sus hombres en aras de la infamia.

Al terminar la lectura, el comandante convocó a sus oficiales, entre los que figuraban el capitán Juan Antonio de la Torre Quijard, el teniente Roque Rodríguez Martínez y el teniente médico Charles Wolf Silva. Quevedo les leyó la hermosa misiva del Caudillo revolucionario.

—Creo que usted debe solicitar una entrevista con Fidel, opinó Roque Rodríguez.

Y Wolf:

—Nuestros hombres han llegado al límite de su resistencia física. Y apenas pueden sostener el fusil...

La conferencia tuvo lugar en las lomas de Alto de Daguará, a corta distancia del Jigüe. Castro, con la mano extendida se adelantó a recibir al oficial adversario. Antes de entrar en materia, ambos recordaron con nostalgia la época juvenil en que cursaban la carrera de Derecho en la Universidad de La Habana.

Quedaron fijadas las condiciones de la rendición. Por mediación de la Cruz Roja serían devueltos no solamente los alistados, sino también los oficiales, a los cuales se les permitía conservar sus armas y moverse libremente dentro del

campamento rebelde. Los "forajidos" de los boletines de Columbia, por encima de las injurias mercenarias, brindaban un ejemplo de caballerosidad.

Entretanto, ya los rebeldes confraternizaban con los soldados, ofreciéndoles víveres y agua, presidiéndoles asistencia médica. Fidel habló a los vencidos su noble lenguaje de cubano. El buen humor criollo afloró en espontáneo regocijo.

Cuando se negoció con la Cruz Roja la devolución de los prisioneros, FC aconsejó al ex-jefe del batallón 18:

—Yo creo, comandante, que usted debía quedarse con nosotros en la condición de prisionero. No es por otra cosa, sino porque de regresar a la zona gubernamental, esa gente le culpará de los hechos ocurridos y tomarán venganza contra usted.

La sugerencia complacía los íntimos deseos del oficial. Quevedo permaneció en la Sierra, en fraterna relación con los insurgentes, asistiendo, de cerca, al acontecimiento histórico de aquellos hombres, que al par que peleaban por la libertad, echaban en la abrupta región los cimientos de un modelo de organización administrativa, con pan, escuela y justicia para todos. En la práctica, Quevedo era un rebelde más.

Meses después, justamente el 27 de octubre, Quevedo, en unión de los capitanes Carlos Manuel Durán Batista y Victoriano Gómez, apresados en otras operaciones, solicitaron su ingreso en el M-26-7. Fueron adscritos al Estado Mayor.

—Yo creo que ustedes son más útiles aquí que regresando para intervenir en conspiraciones, opinó Fidel. Aquí les necesitamos para atraernos y salvar las unidades militares que han luchado con decoro. Además, con su experiencia pueden ayudarnos en la planificación de la campaña final.

La historia del capitán Carlos Manuel Durán Batista exhibía contornos parecidos. CMD intervino en la entrega de los prisioneros del Jigüe y así tuvo ocasión de conocer personalmente al Che Guevara. Había recibido un mensaje del bravo argentino en que éste le avisaba que tan pronto como llegara la Cruz Roja se efectuaría la devolución. Durán Batista contestó al recado:

—No es necesario esperar a la Cruz Roja. Conozco la forma caballerosa en que se conducen los jefes rebeldes y tengo absoluta confianza en los mismos.

Durán y su compañía continuaron de operaciones, procurando eludir encuentros con sus generosos adversarios. Desde su cómodo despacho en Bayamo, el asesino de Mario Fortuny, Ugalde Carrillo, se permitió hacerle cargos:

—Usted parece sentir temor —le expresó autoritariamente— pues no lo veo con entusiasmo para batir a esa gente.

La digna respuesta de Durán:

—Podrá haber oficiales con más grados que yo, pero no con más valor, como lo he demostrado en múltiples ocasiones.

El 28 de julio, la compañía 92, al mando de Durán, después de treinta y ocho días de incesantes combates, quedó envuelta y copada por las columnas de Guevara y de Camilo, en un lugar conocido por Las Vegas de Jibacoa. El Che le hizo llegar unas líneas:

—Capitán, perdóneme la insistencia. Obra en mis manos una comunicación del comandante Fignolé en que me invita a conferenciar.

Usted sabe que mañana será tarde para eso y trato de ahorrar sangre.

Añadía:

—Debe saber también que Sánchez Mosquera fue gravemente herido en la cabeza y se espera que muera de un momento a otro. Sabrá también que los refuerzos que iban a Santo Domingo fueron rechazados con veinte bajas y cincuenta prisioneros. Usted está rodeado y no puede esperar ayuda exterior. Eso sólo traerá más sangre para ambos bandos, pero principalmente para ustedes.

En gesto generoso:

—Si realmente no acepta esta entrevista correspondiendo a mi caballerosidad, debo aconsejarle que deje las casas y se proteja en la trinchera. Yo le ofrezco dejarlo salir de ahí con todos sus hombres, conservando las armas cortas sin cumplir con el trámite de ser prisioneros. Es lo más que puedo ofrecerle dado el número de hombres que tengo sobre ese punto y la seguridad absoluta de que están perdidos.

Y al final:

—Recurro a sus sentimientos patrióticos para que anteponga falsos orgullos y evite una sangría inútil. Le reitero mis disculpas por la insistencia. Créame que sólo a fines humanitarios me impulsan a hacerlo.

Ese mismo día se rindió la compañía 92. El capitán Carlos Manuel Durán participó, junto a Fidel Castro, en la entrada triunfal en Santiago de Cuba el 1.º de enero de 1959.

El caso del teniente Rodolfo Villamil era distinto. No fue hecho prisionero, sino que desde las propias líneas del ejército estableció los contactos con el líder del 26 de Julio, desplazando hacia las filas rebeldes dos pelotones completos con un total de cincuenta y dos compañeros que prefirieron el verde olivo rebelde al amarillo ignominioso de la dictadura.

Villamil, segundo lugar en su curso de la Escuela de Cadetes de 1951, pertenecía a la promoción de jóvenes oficiales cuyas carreras tronchó el golpe traidor del 10 de marzo. Por encima de los legítimos derechos adquiridos en el estudio y el esfuerzo, pesó el codicioso turbión de los complotados y los oportunistas. Los Tabernilla y sus secuaces, personeros del crimen y el robo, se adueñaron del ejército.

Tras su buró, en la Ayudantía General, el teniente Villamil, con la esperanza puesta en el futuro, ensayó más de una vez articular un movimiento conspirativo. En el tenebroso clima de vigilancia establecido en Columbia, donde la delación se premiaba con ascensos, y donde un recíproco recelo interfería las más inocentes relaciones sociales, resultaba difícil, casi imposible, que avanzara cualquier tentativa encaminada a derribar la dictadura. Columbia era un inmenso campamento de prisioneros: prisioneros del miedo y de la desconfianza.

El frente de batalla brindaba condiciones más propicias, lejos de los "chivatos" de la retaguardia. Villamil y otro oficial, el teniente León, empezaron a sondear el espíritu de las tropas, apuntando a la posibilidad de una conspiración interna coordinada con el espíritu rebelde. Los soldados de su compañía, extenuados, sucios, semejando espectros humanos se encontraban acampados en Cerro Pelado. Allí le fue a buscar una carta de Fidel Castro, su antiguo compañero de bachillerato en el Colegio de Belén y en el Alma Mater.



Otto Meruelo, el perro ladrador de la TV durante el régimen de la infamia, se ganó de veras el odio del pueblo cubano. Agotó el impropio, saqueó el epíteto, manchó la palabra, insultando a diario a cuanta figura decente combatía al batistato. Sus calificativos de "forajidos", "saqueadores", "comunistas", y otros semejantes, aplicados a los héroes de la Revolución, cayeron como tinta indeleble sobre él mismo.

—Ya dos conspiraciones han fracasado —observaba FC—. No deben poner en peligro sus vidas que tanta falta hacen para la causa de la Revolución. Lo mejor y más útil es que ustedes vengán al territorio de Cuba Libre.

Las actividades de Villamil y de León habían atraído los recelos del cuartel de operaciones en Bayamo y era riesgoso regresar. En la mañana del 10 de noviembre, ambos oficiales aprovecharon la coyuntura que les brindaba el haber salido de reconocimiento. Villamil se agenció como práctico a un guía de los rebeldes que les condujo hasta las inmediaciones de la zona liberada. Allí mandó a hacer alto.

—Compañeros —les arengó—. El teniente León y yo vamos a incorporararnos al ejército rebelde y los invitamos a que nos acompañen. Los que quieran regresar a Charco Redondo pueden hacerlo sin peligro alguno...

Abrió la marcha. Los cincuenta y tres hombres, sin una sola excepción, le siguieron.

El corresponsal norteamericano Andrew Saint George trató a Villamil en el baluarte inconquistable de la Sierra.

—Es un oficial muy inteligente —comentó en la redacción de BOHEMIA—. Fidel lo tiene trabajando en la sección de planificación estratégica. Es un militar honesto y competente. Además, habla un magnífico inglés.

Para septiembre empeoraba la situación militar de la dictadura en el área polémica de Oriente. La gran ofensiva de verano había terminado en un desastre y los rebeldes asumieron la ofensiva en todos los frentes. Delante de las columnas del M-26-7 se extendía el territorio libre.

La columna 2, Antonio Maceo, estaba a las órdenes de Camilo Cienfuegos; la 3, Santiago de Cuba, a las de Juan Almeida; la 8, Ciro Redondo, a las de Ernesto Guevara; la 9, Antonio Guterres, a las de Hubert Matos; la 10, René Ramos Latour, a las de René de los

Santos, y la 11, Cándido González, las de Jaime Vega.

Otros destacamentos menores se infiltraron a través de las líneas enemigas para hostizarlas en lo profundo de su retaguardia. Ni la perturbación ciclónica, las lluvias incesantes y los ríos crecidos pudieron retrasar los movimientos. La FAE, impotente para localizar los contingentes revolucionarios, desató su furia sobre la indefensa población campesina, arrojando miles de bombas y explosivos de alto poder y cohetes.

La Sierra Cristal, teatro del martirio de los héroes del "Corinthia", estaba firmemente en manos de los libertadores. La jurisdicción rebelde, como una marejada, iba ampliando su control sobre el norte de Oriente. El Segundo Frente Frank País copiaba los caracteres de un Estado perfectamente organizado, con sus autoridades civiles y militares, y sus organismos administrativos.

Funcionaban fábricas de armas en las que no sólo se reparaban los equipos defectuosos, sino que se habían construido cañones ligeros. El taller estaba repleto de tornos, prensadoras, rebajadoras, cepillos, esmerilladoras, taladros eléctricos, transmisiones. Se producía un arma inventada por el Che y perfeccionada por los técnicos de Raúl Castro. Había sido bautizada con el nombre de M-26, y era una especie de rifle mortero, al que se colocaba por el cañón la carga explosiva.

Se fabricaban zapatos, gorras, mochilas y uniformes. En el hospital, en un edificio con ventanas tipo Miami, existía un magnífico instrumental quirúrgico. El Departamento de Justicia estaba integrado por el doctor Morán y dos magistrados más que componían la sala. El Negociado de Trabajo planeaba y resolvía las demandas campesinas. En la zona de Mayarí-Arriba se aumentó en un 50 por ciento el salario de los recogedores de café. Obras Públicas atendía al trazado de caminos y a la

construcción de viviendas. Se habían creado más de 100 escuelas atendidas por maestros normalistas de ambos sexos.

A finales de agosto, un camión de soldados fue interceptado en la carretera de Niquero por una patrulla rebelde, ocasionándole seis muertos y doce heridos; otro camión fue sorprendido en el camino de Yao a Palma Soriano, causándole más de quince bajas. En la carretera de Dos Palmas a Bayamo fueron aniquilados los tripulantes de dos jeeps.

Tropas del Segundo Frente, al mando del comandante Efigenio Almejeiras, interceptaron un tren enemigo entre Guantánamo y Santiago de Cuba. De los 34 miembros del ejército que lo tripulaban 14 fueron muertos y el resto heridos o prisioneros. En otra espectacular operación, fuerzas de Raúl Castro rescataron al dirigente fidelista Carlos Iglesias, que era conducido preso a la capital oriental.

—Hace, aproximadamente, dieciocho meses —dijo radio rebelde— Tabernilla, con toda la innobleza y el impudor que lo caracterizaba, declaró que "los rebeldes éramos doce solamente y no nos quedaba otra alternativa que rendirnos o escaparnos si es que podíamos". Éramos, efectivamente, un puñado insignificante, pero ni nos escapamos, ni nos rendimos. Y hoy, por cada uno de aquellos doce hay dos columnas en campaña. Si entonces no pudieron vencer la Revolución hoy podemos devolverle la frase y decirle que a la tiranía no le queda otra alternativa que rendirse o escapar, si es que puede, porque los propios soldados que han estado mandando a la muerte para defender bastardos y vergonzosos intereses, le van a cortar la retirada.

Entretanto, Boix Comas, en sus oficinas del Buró de Prensa y Radio de Columbia continuaba fabricando victorias imaginarias sobre el papel. El pintoresco comandante se dio a matar rebeldes: "100 bajas en Palma Soriano..." "300 forajidos muertos." "Abandonan los cuatrocientos 200 cadáveres..."

Otto Meruelo, con sus mejores muecas, intensificó su ofensiva a través de la TV, y como un director de escena montó un show utilizando de primer actor a un desertor de la Sierra. Tiempo de La Habana y Libertad de Santiago, voceros de los "tigres" de Masferrer, aniquilaban, en la letra de molde, los últimos reductos rebeldes. Al odio por el régimen se incorporó una profunda sensación de asco.

Se combatía en cuatro provincias, intensamente en Oriente y en Las Villas, y en menor escala en Camagüey y en las montañas pinareñas. Cuba entera estaba alzada contra la tiranía, unos con las armas en la mano, otros en la acción clandestina, el resto en la trinchera cada día más vigorosa de la resistencia cívica. Se encendieron hermosas luces de esperanza.

El 30 de noviembre, en horas de la noche, después de diez días de combate, las fuerzas rebeldes penetraron en Guisa. La batalla tuvo lugar a la vista de Bayamo, sede del cuartel de operaciones del batistato. Se luchó contra 9 refuerzos que vinieron sucesivamente, apoyados en tanques pesados, artillería y aviación. El ejército del dictador sufrió más de 200 bajas, capturándose un extraordinario botín de guerra.

La radio rebelde, en la voz emotiva de Violeta Casal, rindió tributo a sus héroes muertos:

—Fue una lucha de hombres

contra aviones, tanques y artillería. El más destacado oficial rebelde fue el capitán Braulio Coroneaux, veterano de numerosas acciones, que cayó gloriosamente defendiendo su posición en la carretera de Guisa, por donde no pudieron pasar los tanques enemigos.

—Las unidades rebeldes, al mando de capitanes y demás oficiales, combatieron con una moral extraordinaria. Se destacaron especialmente los capitanes Reynaldo Mora, Rafael Verdecia, Ignacio Pérez y Calixto García; los tenientes Orlando Rodríguez Puertas, Alcibíades Bermúdez, Gonzalo Camejo, que dirigió la tripulación de un tanque Sherman capturado; Dionisio Montero, que manejó la batería de morteros del 60; el teniente Raimundo Montes de Oca, instructor de la compañía de ametralladoras; el ingeniero Miguel Ángel Calvo, jefe de la Sección de Minas y Explosivos; y los tenientes Armelio Mojena y Nini Serrano. Una escuadra del pelotón de mujeres Mariana Grajales, combatió valerosamente también durante los diez días que duró la acción, soportando el bombardeo.

Al acercarse el fin de año, Fidel preparaba el asalto a Santiago de Cuba. Nada podía evitar el colapso definitivo de la resistencia militar de la dictadura en la región heroica. Las ruinas de Alto Songo, San Luis, La Maya, Maffo, etc., arrasadas por los carníceros de la FAE, antes que una demostración de fuerza, descubrieron la ferocidad de la impotencia.

INVASION

De la Maestra al Escambray

PARA la dictadura, aquel 21 de agosto fue un día como otro cualquiera Batista despachó en el Palacio, recibiendo a ministros y funcionarios. Al atardecer, como de costumbre, se replegó a su cubil militar de Columbia. A las 10 de la noche empezó el desfile de generales y coronels. Las gorras rameadas y los racimos de condecoraciones ponían una nota bufonesca en la escena.

El usual examen de la situación arrojó resultados positivos. Las arrugas de Tarbenilla temblaron de emoción al anunciar las últimas victorias del ejército. Explicó que muy pronto, en cuanto cedieran los torrenciales aguaceros que caían sobre Oriente, se pondría en marcha la operación final encaminada a "liquidar a los forajidos". Al terminar, con mirada sumisa de perro fiel, quedó en espera de la reacción de su amo.

—Muy bien, ¿y tú que dices, Pilar?

El suave nombre femenino, no sincronizaba con el sombrío personaje de tez olivácea, mandíbula cuadrada de primate y espesas cejas. El informe del jefe policiaco copió la tónica optimista del obsoleto cabecilla del Estado Mayor Conjunto. La Habana, a partir de su toma de posesión, se había convertido en una ciudad tranquila y confiada. Con ejemplar senticó de la justicia dedicó elogios a la colaboración de sus subalternos Ventura y Carratalá.

La reunión se disolvió en un clima de confianza. La propia noche, el comandante Boix Comas, jefe del buró de prensa y radio del ejército, redactó una de sus habituales homilias anunciando la inminente liquidación de los "cuadros de la Sierra".

Ese mismo día, a más de 1,000

en CUBA

kilómetros de distancia, en sus cuarteles inexpugnables de las montañas orientales, Fidel Castro ponía su firma a una orden militar. El simple trazo de la pluma sobre el papel sellaba la suerte de la dictadura. Batista, detrás de los parapetos de Columbia, no podía suponer que en dichos momentos empezaba el principio del fin de su sangriento mandato.

Decía la orden:

—Se asigna al comandante Ernesto Guevara la misión de conducir desde la Sierra Maestra hasta la provincia de Las Villas una columna rebelde y operar en dicho territorio de acuerdo con el plan estratégico del Ejército Rebelde.

—La columna No. 8 que se destina a ese objetivo llevará el nombre de Ciro Redondo en homenaje al heroico capitán rebelde muerto en acción y ascendido póstumamente a comandante.

—La columna No. 8 Ciro Redondo partirá de Las Mercedes entre el 24 y 30 de agosto. Se nombra al comandante Ernesto Guevara jefe de todas las unidades rebeldes del Movimiento Revolucionario 26 de Julio que operen en la provincia de Las Villas, tanto en las zonas rurales como urbanas, y se le otorgan facultades para recaudar y disponer en gastos de guerra, las contribuciones que establecen nuestras disposiciones militares, aplicar el código penal y las leyes agrarias del Ejército Rebelde en el territorio donde operen sus fuerzas, coordinar operaciones, planes, disposiciones administrativas y de organización militar con otras fuerzas revolucionarias que operen en la provincia, las que deberán ser invitadas a integrar un solo Cuerpo de Ejército, para vertebrar y unificar el esfuerzo militar de la Revolución: organizar unidades locales de combate y designar oficiales del Ejército rebelde hasta el grado de comandante de columna.

El objetivo estratégico asignado a la columna invasora iba a consistir en el ataque incesante al enemigo en la porción central de la isla, interceptando, hasta su total paralización, los movimientos de tropas entre la capital y la región de Oriente. Afianzados en el suelo villareño, los legionarios del M-26-7 prepararían luego el salto definitivo hacia La Habana.

Sobre el mapa extendido en la mesa, el dedo de Fidel señaló un punto en la zona de Manzanillo. Enseguida se desplazó hacia la izquierda hasta posarse en el espacio sombreado de la Sierra de Escambray. Entre ambos puntos se extendía la sabana camagüeyana, descubierta y limpia, donde una fuerza de infantería estaría siempre a merced de la aviación enemiga.

—¿Te das cuenta?

Guevara asintió con su fácil sonrisa. Aquella era otra misión más. Ciertamente no conocía las provincias a las cuales se le enviaba a combatir. Empero, tampoco había puesto la planta en Oriente antes del desembarco del Gramma, y bastó el correr de unos meses para que las guerrillas a su mando, con cabal dominio del terreno, tendieran un cerco de acciones y emboscadas alrededor de Bayamo, escribiendo las primeras líneas en la gesta imponderable de la sierra.

La integración de la columna 8 reclamó la presencia de los combatientes más aguerridos del Primer Frente. El Ché les escogió, no tan sólo por sus expedientes de soldados, sino atendiendo también a sus condiciones físicas. Se les proporcionó equipo nuevo, desde el calzado hasta la gorra. Algunos con excelente humor, se recortaron y alisaron las barbas rebeldes para ponerlas a tono con los atuendos de estreno.

El 27 de agosto la columna acampó en las cercanías del Jibaro, en el Plurial de Jibacoa, en Manzanillo. Una avioneta del ejército de Batista trazó círculos sospechosos sobre el contingente que se disimulaba al amparo de los árboles. Los guajiros, leales y vigilantes, reportaron la presencia de patrullas militares. Por muchos que fueran los riesgos había que permanecer en el sitio, punto de aterrizaje de un avión procedente de una base secreta cargado de pertrechos.

La noche transcurrió en tensa espera. A ratos descendían furiosos lloviznazos y el viento cobraba fuerza de brisote. De vez en vez, la radio interrumpía sus programas habituales para difundir un boletín meteorológico. En algún lugar del Caribe se gestaba un ciclón.

El jueves 28 amaneció plomizo y turbio. Guevara despachó patrullas de exploración y dispuso que los mecánicos revisaran los motores de la flotilla de jeeps. Luego, con su singular impasibilidad en los instantes críticos, se asomó a un claro y oteó el horizonte. A las 5:30 minutos la radio rebelde hizo contacto con el avión del M-26-7.

Hubo un cambio de señales e instrucciones. La pista, hasta entonces camuflada bajo ramajes, fue despejada. Dentro de sus limitaciones, ofrecía seguridades suficientes para que el D-C pudiera posarse en suelo cubano. El aparato, tras una tentativa previa, inclinó la nariz y descendió sobre el campo. Las ruedas rodaron sobre los charcos de agua y el avión fue a detenerse al borde del campo. En el último segundo, una de las alas chocó contra un árbol.

Desde el otro extremo llegaron los jeeps. A la puerta del transporte apareció el rostro, ya conocido y popular en las filas insurgentes, de Raúl Chibás. No se trataba de un recién llegado, sino de un antiguo compañero que, tras una misión en el extranjero, retornaba a la dura vida de la sierra.

No se perdió tiempo en derroches efusivos. Hubo un cálido, pero breve estrechón de manos entre el médico argentino y el ex dirigente ortodoxo.

—¿Llegaron las municiones?

—Sí, completo el cargamento.

Bajaron las cajas de balas calibre 30.06. Para nadie era secreto que ya el enemigo debía haber localizado la presencia de la nave del 26 de Julio y que muy pronto las unidades de la FAE estarían rociando de bombas todo el área o escupiendo fuego con sus ametralladoras 50. Los últimos bultos se manipularon bajo el ataque de la aviación del tirano.

Hechos a tales contingencias, cada uno sabía lo que tenía que

hacer. Las camionetas, cargadas de parque, se dispersaron en direcciones distintas. Los soldados se fraccionaron en pequeños grupos para ofrecer menos blanco. De cara al suelo, las manos en la nuca, o encogidos junto a los árboles, esperaron que pasara el chaparrón de plomo.

Cuando los atacantes agotaron las municiones se retiraron rumbo a Santiago para rendir uno de los tantos partes, mezcla de crimen y ridículo, en los que los pobres bohíos ametrallados se convertían en fortalezas abatidas, y en los que las familias cazadas a tiros por los jeets cobraban categoría de columnas insurgentes.

El avión rebelde, inútil para nuevos vuelos, fue entregado a las llamas. El Ché asignó a Chibás y al piloto un práctico para que los condujera hasta la próxima avanzada. Se escucharon secas voces de mando y roncaban los motores de los jeeps y camionetas. En la madrugada, los resplandores del transporte incendiado alumbraron la partida de la columna número 8. Su meta, en Escambray, provincia de Las Villas, a casi 600 kilómetros de distancia.

En el cuartel de operaciones de los soldados de la dictadura no tardó en conocerse la existencia de una fuerza rebelde que se movía en dirección al Cauto. En diversos sitios, aquí y allá, se tendieron cautelosas emboscadas y se bloquearon todos los caminos. El premioso trajín de los estrategas del marxismo rindió sus frutos. En Cayo Espino el ejército capturó dos camionetas con víveres y gasolina. La columna invasora decidió continuar a pie.

Otro adversario se interpuso en el heroico itinerario. El primero de septiembre, mientras atravesaban la finca Cayo Grande, en el municipio de Bayamo, la tormenta tropical rompió en lluvias torrenciales y en ráfagas aciclonadas. Los camiones adquiridos la víspera en la firma Roque y Alvarez, tan tenaces como sus conductores, respondieron bravamente hasta que al cabo quedaron atacados en el fango hasta los ejes.

La vanguardia, al mando del capitán Manuel Hernández, a vigoroso paso, se adelantó a la columna hasta las márgenes del Cauto. El río, hinchado por las lluvias, arrastraba ramas de árbol y alguno que otro animal ahogado. La tentativa de cruzarlo a caballo fracasó, y como antes los vehículos hubo que abandonar los animales.

En la otra orilla, campesinos generosos les proporcionaron cabalgaduras, refrescos y vituallas. Por sobre todo, una información completa sobre los movimientos del enemigo y el anuncio de que tropas rebeldes al mando del comandante Camilo, también en marcha hacia Occidente, se encontraban ya en la ribera opuesta del Salado.

A una semana de la partida, los invasores lucían harapientos, con las ropas desgarradas y los zapatos deshechos. Los rostros hirsutos mostraban la estela del cansancio. Hubieran movido a la piedad de no haber sido por las armas relucientes y limpias y la postura retadora que vencía las miserias físicas. Delante de ellos, las fuerzas del tirano iba abriendo una zanja de miedo.

El 7 de septiembre vivaquearon en la arrocera Leonero. Al abandonar la zona dejaban echadas las bases de un sindicato obrero, institución desconocida en esa extensa porción de Cuba. Los trabaja-

dores, jubilosos, y los propietarios, resignados, desde ángulos opuestos, sintieron los efectos del aliento revolucionario que bajaba de las invictas montañas.

La travesía del Jobabo se realizó de noche, prácticamente bajo un diluvio. En tierras camagüeyanas se acrecieron las vicisitudes de los invasores. La topografía les era adversa y el regimiento Agramonte, con todos sus recursos bélicos, se desplegaba de sur a norte para cerrarles el paso. De otra parte, la mayoría de los rebeldes tenían los pies horriblemente hinchados, envueltos en rústicos trapos y pedazos de saco.

Se agenciaron varios camiones, dirigiéndose a la finca La Federal, en el municipio de Santa Cruz del Sur. De súbito, en un recodo del accidentado camino vecinal, trepidaron las ametralladoras, y se vio detenerse al primer vehículo mientras los rebeldes saltaban al suelo y en una zambullida urgente se sumergían en una cuneta. Un grito de advertencia recorrió la línea:

—¡Alto! ¡Cuidado! ¡Es una emboscada!

Mientras la vanguardia sostenía el fuego, el resto, con toda la impedimenta, se replegó hacia un cayo de monte. Guevara, sereno, con un concepto casi deportivo de la guerra, dictó las órdenes necesarias:

—¡Emplacen una bazuka detrás de ese algarrobo...

El comandante Ramiro Valdés, el cuerpo encorvado para ofrecer menos blanco, atravesó corriendo el trecho de 200 metros que le separaba del grueso de la tropa. Sus informes fueron tranquilizadores:

—Es poca cosa, explicó al Ché. El enemigo está parapetado en una casa de vivienda, pero ya Angelito, Rogelio y Acevedo los tienen fijados con sus pelotones y van a lanzarse al asalto.

Desde la residencia, propiedad del ganadero Remigio Fernández, los soldados de Batista batían la zona con sus ametralladoras y fusiles. Alrededor de la casa, improvisada en bastión, los pelotones rebeldes tomaban posiciones. A una voz de mando del capitán Angelito Frías, brotaron impetuosamente desde la arboleda. Las puertas y ventanas cedieron al vigoroso empujón y rugieron las armas automáticas. El enemigo sufrió 4 muertos y varios prisioneros. En la acción pereció el capitán rebelde Marcos Borrero y resultaron heridos el capitán Frank y el teniente Acevedo al que un balazo le atravesó ambos brazos.

—Marcos Borrego, escribió Guevara en su Diario de Campaña, era uno de los mejores hombres de nuestra columna, valiente hasta la temeridad, como lo demostró en cien combates.

El ejército de la dictadura, incapaz de sostener un combate de infantería, recurrió a su aviación. La odiosa FAE, verdugo de Cienfuegos, lanzó sus aparatos a caza de la columna insurgente. Parejamente reapareció el ejército, más sólo para huir a los primeros tiros. Una avioneta que se aventuró hasta el alcance de los Garands se estrelló en el batey del Central Francisco.

Durante dos días, las columnas de Guevara y Camilo, reunidas en Laguna Grande, marcharon juntas a lo largo de terrenos cenagosos, asediados por una pavorosa plaga de mosquitos. Al separarse, las fuerzas del comandante Cienfuegos tomaron los carros, dejan-



El gran socio de Batista. Andrés Domingo y Morales del Castillo, mano izquierda del déspota en la interminable cadena de sus adquisiciones ilícitas y sus fraudes económicos a costa del tesoro nacional, escapó a la ira popular, como otros muchos, asilándose en la embajada de Chile. El ex secretario de la Presidencia pertenece al linaje más dañino que cabe concebir en una República: el de los que ocupan las posiciones en que se puede hacer el mayor bien y las usan para perpetrar el mayor mal. Los militantes del 26 de Julio registraron su casa, en busca de armas, y la dejaron intacta, pese a estar llena de lujosos objetos comprados con dinero de Cuba.

do sus caballos a sus compañeros de la 8. En la lista de bajas se anotó el nombre de Dalcio Gutiérrez, quien murió como un héroe, aferrado a la posición que le encomendó su jefe.

Del 10 al 15 de septiembre los invasores golpearon rudamente sobre la línea de resistencia del regimiento Agramonte. Una escuadrilla de B-26 con otros aparatos P-47 se mantuvo incesantemente sobre las tropas del M-26-7. El estallido de las bombas hacía temblar la tierra. Los rebeldes, sin detener la marcha, saltaban a los enormes cráteres donde permanecían agazapados unos instantes, y enseguida, en un nuevo salto, ganaban el hoyo más próximo.

Una bomba detrozó al aguerrido Juan Hernández y se le dio sepultura bajo el ataque. El propio cráter abierto por el explosivo le sirvió de tumba. Más allá, en un choque de vanguardia, una bala hirió gravemente al capitán José Ramón Silva. Hubo necesidad de fraccionar la columna y en la maniobra se extraviaron, perdiendo el contacto, varios pelotones.

Una anotación en el Diario del Ché.

—Septiembre 16: Pasamos por la finca Hevia, un práctico cam-

pesino de la zona se nos une, generosa clase sin cuya fidelidad e hidalguía no hubiéramos podido subsistir. La tropa no puede más. Estragada, famélica, los pies sangrantes que de tan hinchados no les caben en los restos de los zapatos.

Y más adelante, el intrépido argentino volcó su emoción en unos párrafos conmovedores:

—Están ahí derrumbados, porque ya de la noble carne sólo queda vida en los ojos que me miran como una pequeña lucecita desde las profundidades de las cavernas. Camino por entre ellos sintiendo un deseo ferviente de abrirme las venas para llevar a sus labios algo caliente que no han probado en tres días de no comer, de no dormir. Cuando el nudo que atenace a mi garganta cede, les hablo. Y el espíritu que alienta en esta brava generación de cubanos vivifica con generosidad esplendorosa y los cuerpos se van levantando, tambaleantes bajo el peso agobiador de las mochilas, las armas y los pertrechos.

A renglón seguido, la prosa del comandante Guevara volvió al lacónico estilo militar:

—Un prisionero se nos ha escapado. Salimos como podemos

rumbo a Remedios en manos de este buen campesino que nos guía y alienta. Allí nos abastecemos en la tienda. Seguimos y acampamos en un marabusal. Habíamos burlado al ejército, pero sabíamos que nos seguía el rastro muy de cerca.

El miércoles 17 de septiembre recibieron confortadoras noticias de la columna Antonio Maceo al mando de Camilo. Ellos también, venciendo idénticas dificultades, proseguían la marcha hacia Occidente. Algunos de los pelotones extraviados se habían incorporado a sus compañeros. Otros, perdido el contacto, comenzaban a operar en guerrillas, hostilizando al enemigo.

El día 20, por una vía inesperada, el regocijo se apoderó de la hueste rebelde. Acampaban en la finca San Nicolás, atentos a la presencia por aquellos contornos de dos batallones batisteros. En torno al aparato de radio, en cerrado círculo, los invasores escuchaban música y noticias. Repetidamente la voz del locutor cobró un acento sutilmente irónico.

—Parte oficial del ejército, anunció. El teniente general Francisco Tabernilla Dolz, jefe del Estado Conjunto, declaró en entrevista de prensa celebrada en Ciudad Militar que fuerzas del regimiento número 2, Agramonte, habían sorprendido a una partida de forajidos en Laguna de Guano, provincia de Camagüey ocasionándoles más de 100 muertos dispersándose el resto y dejando abandonado en su huida armas, equipos e importantes documentos y propaganda comunista. Otros grupos se están presentando a las autoridades. Estos facinerosos y cuatros venían en fuga desde la Sierra Maestra tratando de escapar a su inminente destrucción y estaban mandados por el conocido agente comunista internacional Ché Guevara.

Los rebeldes se miraron risueños y, de pronto, una carcajada inmensa, sonora, recorrió el campamento de uno a otro extremo.

—Ya lo saben, exclamó uno, todos nosotros estamos muertos y enterrados.

—¡Viejo imbécil! —comentó otro escupiendo desdenosamente.

Un recio mulato de nutrida barba se acercó a Guevara exhibiendo, de oreja a oreja, su blanca dentadura:

—¡Ché, mi jarro acaba de soltar el fondo...!

Guevara aprovechó la alegría del momento y dispuso la marcha. De un tirón llegaron al río San Pedro o Santa Clara, en el municipio de Camagüey. En los Güines afrontaron el cañoneo de un barco de la Marina. Se agotaron los víveres y por dos días se alimentaron con palmito y pequeñas raciones de gofio con leche. En el batey de la arrocera Aguilera se abastecieron de mercancías.

A partir de Cayo Toro, bajo el acoso de una avioneta de la siniestra FAE, se internaron en terrenos pantanosos. Carecían de prácticos y virtualmente estaban perdidos entre aquellos cegales pestilentes, con el agua a la cintura, y a ratos hasta el cuello. Bebieron de las aguas sucias y tiritaban de frío. Algunos al borde del colapso, avanzaban apoyados en sus compañeros. La epopeya parecía abocada a un desenlace trágico.

Lograron acercarse a un terraplén por donde corría una línea de ferrocarril. El teniente Rogelio Acevedo, excelente nadador, avanzó entre dos aguas hasta las pro-

ximidades de la vía, tomando nota de las patrullas militares apostadas de 50 en 50 metros y fijando el sitio más apropiado para intentar la salida.

Se tomaron las disposiciones necesarias. El capitán Manuel Hernández, al mando de la vanguardia, ganó el terraplén y emplazó las ametralladoras para proteger el paso de la columna. A pesar de las extremas precauciones el chapoteo en el agua los delató. Desde una posta del ejército partió un grito:

—¡Quién vive!

Los rebeldes se inmovilizaron, el fango a las rodillas y el agua al cuello, las manos en alto salvaguardando las armas y el parque. Así permanecieron varios minutos, conteniendo la respiración, con los músculos entumecidos por el frío. Si en aquel instante crucial el ejército hubiera atacado, los rebeldes, atrapados en el cieno, sin libertad de movimiento, hubieran sido barridos. A los soldados del mayoral de Columbia les vencieron el miedo y la noche; la certidumbre de que peleaban por una mala causa se impuso a las ventajas estratégicas.

—Es la gente del Ché... Ahí están los barbudos...

Les abatió un escalofrío de pánico. La columna Ciro Redondo cruzó la línea férrea a la vista de los hombres de Batista. Estaban desarrapados y hambrientos, pero moralmente enteros y firmes. Aquella noche, a la luz de una batería, Guevara llevó a su diario aquel episodio de gesta.

—Octubre 2, escribió el comandante. Llevamos tres días sin comer y dormir. Sólo nos mantiene en pie el espíritu. Si salimos adelante será porque mis hombres tienen una materia que los sublimiza en las situaciones más difíciles. Por el carnicero de Baraguá nos informamos que las tropas se han retirado del central. Como necesitamos medicinas urgentes, "alguién" de la región se ofrece para traérnoslas. El avión explorador que constantemente nos ha estado buscando, aterriza en la pista del central y cinco minutos después se eleva nuevamente dirigiéndose rectamente hasta nuestro monte.

—Ordeno una retirada a paso forzado para un lugar más seguro y esperamos la visita de los B-26 que no se hacen esperar, bombardeando y ametrallando sin piedad la zona. Lo único que sufrimos fue el cansancio que nos causó la violenta retirada. El "chivatazo" fue evidente, pero no tenemos seguridad de cual de las dos personas lo dio.

—Salimos por la noche caminando por una laguna cubierta de hojas de cortadera, las cuales destrozaban los pies tumefactos y ya insensibles de los que iban descalzos. Acampamos en un cayo de monte y dormimos entre el fango. Dos días más tarde:

—Salimos a tierra firme y atravesamos potreros, llegando hasta el Palenque donde el Ejército estuvo atrincherado aguardándonos hace unos días y desde aquí partimos rumbo a la finca Rosa Liberal bajo un temporal inclemente. Como si nuestras penalidades y sufrimientos no hubieran llevado hasta el límite nuestra resistencia.

—Manuel ¡qué fortaleza de gigante! con sus bravos hombres ha tomado el batey de la finca y al fin comimos ¡y cómo comimos! des-

pués de cuatro días de beber sólo agua con fango.

La mazamorra les había infectado los pies. Como el temporal estaba en todo su apogeo, aprovecharon la tregua impuesta por los elementos para dormir. Lo hacían con los pies a nivel más alto que la cabeza para que se descongestionaran y cediera la hinchazón. Guevara dejó de ser el jefe militar para restituirse a su primerísima y noble condición de médico. Uno por uno examinó a sus hombres.

—Esto no es nada, muchachos, empleó las bromas como su mejor receta. Cuando entremos en La Habana vamos a caminar sobre alfombras...

El 6 de octubre, a 63 años de la epopeya inmortal encabezada por Gómez y Maceo, las columnas del nuevo ejército invasor al mando de Camilo y del Ché, cruzaron también la trocha de Júcaro a Ciego de Avila, rumbo a Las Villas. Y para acentuar el paralelismo histórico, entonces, como ahora, uno de los jefes era cubano, y el otro, extranjero de nacimiento, pero cubano también por el amor y la gratitud de la patria infortunada que tanto les debía.

La mañana siguiente fue un despertar de júbilo. Hasta el borde de los límites de Camagüey y Las Villas fueron a esperarlos tres oficiales de las fuerzas del 26 de Julio acantonadas en el Escambray, el capitán Ottén Mesana y los tenientes Miguel Martínez y Horneo. A partir de entonces adelantaron rápidamente por buenos y fáciles caminos a pesar de los aguaceros y los arroyos y ríos desbordados.

El Jatibonico fue cruzado a nado. En la otra orilla, mojados hasta el tuétano, pero con las armas limpias y el parque seco, los hombres de la columna 8 se agruparon en torno al Ché y el capitán Mesana. El recio oficial villareño, de cerrada barba y sombrero de piel, con el ala doblada a la manera de los *Azacs* australianos, alzó la mano, reclamando silencio. Fue un momento solemne.

—¡Compañeros! Ya estamos en Las Villas.

Asomaron lágrimas a los ojos de los bravos. En un arranque espontáneo cayeron de rodillas y besaron la noble tierra de Serafín Sánchez. Habían hecho historia.

LAS VILLAS

El aire de Las Villas tonificó a los soldados invasores. Los veteranos del Escambray y los combatientes del Directorio Revolucionario pusieron a disposición del Ché Guevara y de Camilo Cienfuegos sus campamentos para que se restablecieran tras la dura jornada. Con recto sentido de unidad, les proporcionaron víveres, medicinas y calzado.

Junto a Gutiérrez Menoyo, Cubela, Faure, Chaumón y los comandantes de columnas del Segundo Frente y del DR, los dos oficiales del M-26-7 estudiaron la situación militar de la provincia y determinaron en cuales zonas y sectores operarían las tropas de cada una de las tres organizaciones comprometidas en el magno empeño de liberar a Cuba.

La noticia de que los dos legen-

darios capitanes de la Sierra Maestra se encontraban en territorio villareño sacudió hasta las raíces la provincia. A partir de ese momento cesaba la guerra de guerrillas y se marchaba directamente a la ofensiva frontal. En cuestión de días Guevara y Cienfuegos vieron engrosadas sus filas con el alistamiento voluntario de centenares de jóvenes.

Las pequeñas discrepancias iniciales cedieron bien pronto y el comandante Cubela Secades, a nombre del DR, y el Ché, a nombre del 26 de Julio, suscribieron un documento dirigido al pueblo villareño, cuyo texto y espíritu se cobijaba en el eterno apotegma martiano de "Unir es la palabra de orden". En cuanto Eloy Gutiérrez Menoyo, tan bravo como desinteresado, había sido abanderado permanente de la tesis de una total integración revolucionaria.

—Haciendo patente la plena identificación que existe en la lucha contra la tiranía, expresaba el manifiesto, el Movimiento 26 de Julio y el Directorio Revolucionario se dirigen al pueblo de Las Villas desde la Sierra del Escambray, donde sus fuerzas combaten por la libertad de Cuba.

—Es propósito del Movimiento 26 de Julio y del Directorio mantener una perfecta coordinación en sus acciones militares, llegando a combinar operaciones donde sus fuerzas participen al mismo tiempo, combatiendo miembros del 26 de Julio y del Directorio Revolucionario, así como utilizar conjuntamente, para beneficio de la revolución cubana, las vías de comunicación y abastecimiento que estén bajo el control de una u otra organización.

Y tras referirse a las divisiones jurisdiccionales y a la política administrativa y agraria en los territorios liberados:

—Estas declaraciones llevan una síntesis de la cohesión del Movimiento Revolucionario en el frente de Las Villas, donde luchan hermanados el 26 de Julio y el Directorio Revolucionario que representan los más puros ideales de la juventud, llevando gran parte del peso de la insurrección cubana; derramando su sangre sin la cual no hubiera habido ni Sierra Maestra ni Sierra del Escambray, ni se hubiera dado un 26 de Julio en el Moncada ni un 13 de marzo en el palacio presidencial.

—Estamos conscientes de nuestro deber con la patria y en nombre de los postulados revolucionarios de Frank País y José Antonio Echevarría, llamamos a la unión de todos los factores revolucionarios e invitamos a las organizaciones que poseen fuerzas insurreccionales en el territorio, para que se adhieran públicamente a este llamamiento coordinando su acción en beneficio de la nación cubana.

El 20 de diciembre se fijó como la "hora cero" de la ofensiva rebelde. En el cuartel Leoncio Vidal, sede del regimiento, cundía la zozobra. La visible preocupación del otrora arrogante Río Chaviano se contagiaba a sus subalternos. El carnicero del Moncada había gestionado su traslado al Regimiento Leoncio Vidal para escapar del infierno de Oriente. Aho-

ra el 26 de Julio —para él una fecha acusadora— le venía a buscar a la tierra de Marta Abreu.

Sus disposiciones revelaban desconfianza. Ordenó el repliegue de numerosas tropas hacia Santa Clara y la evacuación de cuarteles y avanzadas. Sobre el rastro de los soldados en retirada marchó el ejército insurrecto, hostilizándolo a la retaguardia. Cabaiguán, Placetas, Remedios, Caibarién, Cruces, Báez, Sancti Spiritus, cedieron ante la embestida rebelde.

Se dictó un bando de corte draconiano, prohibiendo el tránsito de vehículos y personas por carreteras, caminos y vías férreas, y disponiendo que se hiciera fuego sobre cuantos violaran esas regulaciones. Había más. Los padres, tutores o cualquier otra persona responsable que no diera cuenta de la ausencia o desaparición de algún familiar sería considerado como cómplice, de cualquier hecho delictivo que realizara dicho familiar. La dictadura pretendía nada menos que convertir a los padres en "chivatos" de sus propios hijos.

La ocupación de numerosas localidades villareñas puso en manos de los libertadores una buena cantidad de plantas de radio de onda corta. Cubriendo el vacío impuesto por la censura y en oposición a las afirmaciones mendaces de los partes oficiales, la ciudadanía dispuso de fuentes informativas desde las zonas de batalla.

El aparato de onda corta desplazó a los refrigeradores o el televisor como artículo de primera necesidad en el hogar cubano. A todas horas, de día y de noche, alguien permanecía de guardia junto al receptor, siguiendo ansiosamente los "comprendidos" de las columnas combatientes.

A las voces ya populares de Ricardo Martínez, Orestes Varela y Violeta Casals, locutores de la Sierra Maestra, se unieron otras muchas transmitiendo desde el centro de la isla: Radio Placetas, Radio Monumento Mal Tiempo, Radio Móvil Columna Invasora, Radio Rebelde Cruces, 13 de Marzo, Los Barbudos Ferozes, etc.

Después de cada boletín del estado mayor, la ciudadanía, con dedos nerviosos, iba a la banda de los 20 y los 40 metros para localizar las plantas de la libertad. Enseguida, una sonrisa de alivio iluminaba los rostros. Los rebeldes estaban en el aire, tranquilos, serenos, confiados, anunciándose las recíprocas victorias.

Esta vez, los golpes rebeldes contra las ciudades de Las Villas iban más allá de las simples incursiones de comando. Llegaban para quedarse y para establecer con carácter permanente las autoridades e instituciones de Cuba Libre. A La Habana arribaban, con talón urgente, alcaldes, concejales, funcionarias y personajillos de la dictadura que huían de la zona polémica.

En la capital, los palacetes de los jerarcas políticos villareños se convirtieron en campamentos de damnificados para acoger a los fugitivos de la justicia revolucionaria. Claro está que estas víctimas de la guerra en nada se parecían a las que deambulaban por las calles de Santiago, procedentes de Songo y San Luis.

Julia Elisa Consuegra visitó a Batista en gestiones burocráticas. En el curso de la entrevista intercaló un comentario.

—Yo creo, presidente, expuso, que hay que dar más ayuda al

PAU, darle movimiento a la política... Figúrese, en mi provincia los rebeldes están por todas partes.

La ira congestionó el rostro acetunado del dictador. Se le dilataron las ventanas de la nariz y los gruesos bellos se hincharon coléricos. Su puño descendió sobre la mesa:

—¡Cállese la boca! ¡Cómo se atreve a decir eso!

Un diluvio de gruesas palabras descendió sobre la azorada cienfueguera. Se puso de pie, balbuceante y llorosa, mientras FB, a empujones la sacaba del despacho.

—¡Fuera de aquí...!

“Santiaguito” Rey animó a sus parciales en fuga. Según les explicó, Batista preparaba un cambio en los mandos militares que liquidaría a los insurrectos de la región central. El jueves 26, la oficina de publicidad del Palacio emitió un comunicado dando cuenta de una reunión celebrada en la mansión palatina, con asistencia de los jefes de los institutos armados. El tristemente célebre José Eleuterio Pedraza regresaba al servicio activo con grado de mayor general y el coronel Joaquín R. Casillas Lumpuy tomaba la dirección de las operaciones en Las Villas junto al teniente coronel Cecilio L. Fernández Suero.

Gritaron los cotorrones del régimen:

—¡Ahora sí! ¡Ahora sí! A dormir a las 9 de la noche!

El sanguinario ex jefe de la policía tomó los controles del ejército. A presencia de Batista llenó de insultos al clan de los Tabernilla, calificándolos de cobardes.

El retorno de Pedraza no estuvo a los “barbudos”. Patrullas de Camilo Cienfuegos cruzaron los límites de Matanzas hasta el central Dos Rosas. En la plaza conquistada de Sancti Spiritus, Ché Guevara dictaba un bando proscribiendo la venta de billetes de Lotería y prohibiendo el expendio de bebidas alcohólicas.

De todas formas se advirtió el desesperado esfuerzo por debelar la insurrección. De los talleres de Ciénaga salió un tren blindado conduciendo 400 hombres y los equipos bélicos recién llegados de Inglaterra; tanques, cañones, lanzallamas, gran cantidad de parque, etcétera. El gobierno de Su Majestad Británica se convertía en potencia aliada de Batista en la guerra contra Cuba.

La ciudadanía conoció, minuto a minuto, el desarrollo de los acontecimientos.

—Radio Cruces llamando a Radio Sancti Spiritus y a Radio Placetas... Atención, Radio Sancti Spiritus y Radio Placetas... Tenemos noticias de que van a bombardear a Cruces, Placetas y Sancti Spiritus... Pedimos un “comprendido”.

Y la radio de la villa de Serafin Sánchez:

—Aquí, Radio Rebelde de Sancti Spiritus, llamando a Radio Cruces... Estamos enterados y avisamos a Placetas. “Comprendido”.

La radio no era ya el instrumento de grata distracción, vehículo del inocente mensaje musical, sino dramático portavoz que difundía la realización de un inmenso crimen. Millones de cubanos, deshecho el ritmo de la vida diaria, casi percibieron los roncadores motores de la FAE volando sobre Cruces. El locutor rebelde, sereno, sin matices de sobresalto en la palabra, señaló la odiosa presencia de los B-26 sobre la ciu-



Tentáculo dócil de la tiranía, el titular de Gobernación, Ramón Jiménez Maseda, más que ministro del gabinete actuaba como sombra pasiva de los más feroces verdugos batistianos. Pocos conocieron sus conflictos con BOHEMIA, a través de la censura, unas veces por la famosa página 26, con sus colores negro y rojo; otras por las “portadas en clave” que se disputaba el pueblo; otras por los reportajes sobre la insurrección húngara; la última sobre el célebre anuncio 03C. Ventura era su mejor colaborador en esa despreciable tarea.

dad. La primera bomba cayó sobre el establecimiento El Comercial. Los receptores recogieron el seco estampido.

Eran los regalos pascuales de Fulgencio Batista.

El ataque aéreo a Cruces formaba parte de una maniobra destinada a aliviar a la sitiada guarnición de Yaguajay, cortando la afluencia de refuerzos rebeldes hacia ese municipio villareño. Los pavorosos proyectiles de 500 libras *Made in England*, sólo sirvieron para dejar su estela de muerte y destrucción en la indefensa población civil.

El asalto a Yaguajay había comenzado una semana atrás. El lunes 22 de diciembre, Camilo Cienfuegos acampó en el central Narcisca, a unos dos kilómetros de la población. El capitán Pinares, al mando de la vanguardia, fijó posiciones en los bordes de la zona urbana obligando al enemigo a repliegarse.

Y comenzó el lento avance de calle en calle y de casa en casa. El ejército se parapetó primero en el Hotel Plaza, de donde fueron desalojados en vigoroso ataque dirigido por el propio Camilo. La batalla por la posesión de la planta eléctrica duró varias horas. La estación de policía y la fábrica de refrescos Cawy fueron los objetivos inmediatos.

Adjunto al estado mayor de Camilo, en uniformes de campaña y brazalete de corresponsal de guerra, Agustín Alles Soberón, reportero de BOHEMIA, compartió con los soldados libertadores sufrimientos y peligros. Sus notas periodísticas, trazadas bajo las balas y las bombas, iban a recoger para la historia muchos capítulos de la excepcional epopeya.

Para el joven y audaz corresponsal, tales riesgos no representaban una experiencia nueva. En marzo de 1958, cuando el cerco militar pretendía estrangular la Sierra Maestra, Alles y el popular “Guayo” de Noticuba, lograron atravesar las líneas batistianas para ganar el cuartel general de Fidel Castro. Fueron los primeros periodistas cubanos que establecieron contacto personal con el caudillo revolucionario.

A su regreso del territorio liberado, AA y “Guayo” se vieron sometidos a las persecuciones de los esbirros del régimen. “Guayo” tomó la ruta del exilio, llevando su valioso material *filmico* a todas las pantallas del continente. El reportero de EN CUBA, oculto en una finca de Las Villas, se convirtió en blanco de una infame campaña de mentiras en la sentina impresa de Masferrer. En insidiosos artículos, el cojo siniestro puso en sus labios expresiones que

nunca dijo, situándose como “horrorizado ante las atrocidades de Fidel”.

De su viaje a Oriente, Alles retornó con un sentimiento de profunda admiración hacia los héroes del Turquino. En sus relatos, en sus crónicas, que la censura dejó inéditas, asomaban constantemente los nombres de Camilo Cienfuegos y el Ché Guevara. Ahora en plena guerra, tenía ocasión de constatar aquellos primeros juicios de emocionado respeto hacia los invictos comandantes de las columnas invasoras.

En Guanajay, por supuesto, no hubo Nochebuena. Los rebeldes habían avanzado hasta un punto en el centro de la villa. A 200 kilómetros resistía el enemigo. Entrambas líneas, la tierra de nadie, barrida por el fuego de las ametralladoras. Frente a la Cawy yacían los cadáveres de dos soldados abandonados por sus compañeros.

El sitio a la guarnición no distrajo a CC de otras responsabilidades. Ordenó el cierre de las entradas y salidas de las playas Carbó, El Júcaro y Estrada Real, así como las vías que comunicaban con Mayajigua y Caibarién. Unidades de la Marina se situaron frente a la costa en aparente zafarrancho de combate. Desde los acantilados les hicieron disparos de advertencia.

—La costa nos es hostil, notificó el comandante de la flotilla al estado mayor de la Marina. Imposible intentar desembarco...

Camilo envió dos emisarios a entrevistarse con los oficiales navales. El recado tenía perfil de ultimátum: “O se rinden o pelean o se alejan de la costa. Contesten inmediatamente”. La respuesta no pudo ser más elocuente. Los barcos se alejaron a prudente distancia del litoral y sus cánones permanecieron silenciosos.

La presión rebelde obligó a las tropas de la dictadura a refugiarse en el cuartel. En los talleres del central Narcisca se trabajaba afanosamente. Un enorme tractor fue equipado con gruesas planchas de acero y equipado con dos ametralladoras calibre 30 y un lanzallamas con 500 libras de presión y mangueras de metal con alcance de más de 400 metros. El tanque fue bautizado como Dragón I. El improvisado artefacto, situado a corta distancia del cuartel, con una tripulación tan recia como su blindaje, lanzaba sus descargas contra el acosado bastión de la dictadura.

Una línea férrea cruzaba el patio de la fortaleza. Dos vagones del central Victoria, cargados de dinamita, fueron proyectados contra la plaza sitiada. La explosión hizo saltar enormes trozos de pared y demolió parte del techo. Parapetados tras los escombros, con obstinación digna de mejor causa, los hombres del capitán Abón Li, jefe del puesto, replicaron con intenso fuego de ametralladoras y bazukas.

Aislados, sin agua y sin viveres, soportando el repugnante hedor de docenas de cadáveres en estado de putrefacción, el resto de la guarnición de Yaguajay no tenía otra disyuntiva que rendirse o perecer. Las vagas esperanzas puestas en la aviación se disiparon prontamente. La primera tentativa de ametrallar las trincheras rebeldes finalizó en una precipitada fuga.

Cuando los asesinos de la FAE pusieron en picada sus aparatos vomitando plomo por sus “50”, la

infantería fidelista les recibió con una granizada de balas. Camilo Cienfuegos, con mirada serena, vigiló el descenso de los aviones. Enseguida se arrojó al suelo, boca arriba, con las piernas dobladas y las rodillas sirviéndole de punto de apoyo, mientras su Garand barría el espacio. Una rociada de proyectiles levantó un surtidor de tierra a un metro de su cabeza.

La recepción desanimó a los pilotos batisteros. En lo sucesivo, recurrieron al bombardeo indiscriminado victimando a la población civil. En mitad de las calles, los cráteres abiertos por las bombas y los edificios demolidos, daban testimonios de la barbarie de la FAE: una sigla que pasaba a la historia como eterno símbolo de infamia.

Los rebeldes, ansiosos de reducir al mínimo el derramamiento de sangre, alternaron los ataques con las apelaciones. No había odio en los constantes llamamientos a los compatriotas a quienes Fulgencio Batista había utilizado contra el pueblo.

—¡Ríndete, Chino! ¡No queremos exterminarlos! ¡Eviten más muertos y más luto! ¡Todos somos cubanos!

El 31 de diciembre, las manos en alto, la mirada humilde, los últimos soldados de Batista en Yaguajay surgieron, espectros de la tiranía descabezada, de entre ruinas del cuartel. La batalla había durado once días.

El comandante Cienfuegos se volvió hacia Alles, señalando con el índice el desfile de los vencidos:

—Esta victoria tiene una significación moral extraordinaria. Esas tropas del ejército eran las mismas que arrasaron con casas y asesinaron campesinos en la Sierra Maestra. Al frente de ellas iba el sanguinario Sánchez Mosquera. Tienen una deuda con nosotros y ya la hemos saldado.

Se hicieron 250 prisioneros, incluyendo al capitán, de origen asiático, Abón Li. En su mayoría habían partido desde las estribaciones de la Sierra Maestra, en la huella de la columna invasora Antonio Maceo a la que tenían orden de aniquilar en las llanuras de Camagüey.

¡Y ahora, dispuso Camilo, a Santa Clara.

Las huestes victoriosas del Ché sólo se detuvieron en Placetas el tiempo necesario para organizar la administración civil y equipar a las milicias que se hicieron cargo del mantenimiento del orden. En el veloz itinerario de la campaña no había tiempo tampoco para atender al manejo y traslado de los prisioneros. Los restos de la guarnición quedaron al cuidado de la Cruz Roja.

Utilizando toda clase de vehículos, la columna Ciro Redondo marchó sobre Camajuani. Una serie de rápidos movimientos bastó para rendir las posiciones adversarias. Enseguida, sobre el eco del último disparo, abandonaron la villa liberada para proseguir el avance fulminante. No hubo altos ni "descansen" para ingerir alimentos. Al paso de los jeeps y camiones, los vecindarios jubilosos les proporcionaban pequeños bocados y refrescos.

En su jeep, viajando por accidentados terrenos, Guevara y sus oficiales planificaron el asalto a Santa Clara. Con un mapa extendido sobre sus rodillas, el profesor de geografía de la Universidad Central de Las Villas, Antonio Nú-

ñez Jiménez, jefe del servicio topográfico rebelde, fue señalando al médico argentino los ignorados caminos que conducían hasta la capital provincial, descubiertos y explorados en sus andanzas científicas de espeleólogo.

—¿Cuándo piensa usted atacar a Santa Clara, comandante? —quiso saber ANJ.

—En cuestión de horas. Ya estamos marchando sobre ella...

Núñez Jiménez indicó una zona en el mapa.

—Por aquí podemos llegar sin tropiezos hasta la Universidad...

Pedraza y Casillas habían tomado todas las medidas para hacer de Santa Clara una plaza inexpugnable. La loma de Capiro, punto dominante a tiro de fusil de la ciudad, fue rodeada de trincheras y reforzadas sus defensas naturales con un tren blindado de 17 carros, 2 ametralladoras calibre 50 y un cañón antiaéreo. Allí apostaron unos 350 hombres.

El cuartelillo del cuerpo de vigilancia de carreteras, conocido popularmente por los Casillas, situado sobre la carretera central en su ramal oriental, se transformó en un poderoso bloqueo de hormigón, guardado por una compañía de infantería. El escuadrón 31, estratégicamente situado al sur de la capital, también fue acondicionado para resistir el esperado empujón de los rebeldes. Además, estaba el campamento Leoncio Vidal, sede del regimiento número 3, con su guarnición de casi dos mil soldados.

Por si fuera poco, la iglesia de Buenviaje, el Palacio Provincial, el de Justicia, la cárcel, la iglesia de Nuestra Señora, las estaciones de policía, el Gran Hotel con sus 11 pisos y otras residencias y edificios públicos fueron ocupados y artillados para asegurar la resistencia en el corazón de la ciudad, en el caso de que cedieran las defensas exteriores.

A las 5 de la mañana del lunes 29 de diciembre, el seco ladrido de las ametralladoras y el estampido de los obuses, en las afueras, anunció a los pilonos el comienzo de la batalla. El Ché, con base en los recintos universitarios, estaba lanzando sus bravos al asalto de la Loma del Capiro y de la jefatura del distrito de Obras Públicas. Ambas posiciones cedieron ante el empuje incontenible de los rebeldes.

Pero este éxito inicial estaba muy lejos de significar el triunfo definitivo. El famoso tren blindado, arrogante exponente del poderío militar del tirano, se acercaba a Santa Clara, conduciendo a 400 soldados, armas, parque, ropas, víveres para dos meses de campaña,

cocinas eléctricas, ingenieros y técnicos del ejército. El imponente convoy era la última carta en la base del temblequeante mandón de Colombia.

Originalmente, la misión de los refuerzos se encaminaba a una rápida reconquista de los pueblos capturados por las columnas combinadas del M-26-7, el Segundo Frente del Escambray y el Directorio Estudiantil Revolucionario. El valor del equipo sobrepasaba la cifra del millón de pesos. Los implementos bélicos, de fabricación británica, que rindieron a Hitler apenas llegaron a emplearse contra los indómitos mambises de la nueva Cuba.

El tren llegó acéfalo al área de combate, con un mando improvisado. El coronel Rosell, jefe del cuerpo de ingenieros a cuyo cargo estuvo la responsabilidad de blindar y artillar el monstruo de acero designado como comandante de la expedición, desertó en el momento de la partida. Amillanado en el plácido usufructo del marzato, el cauto oficial no se sintió atraído ante la idea de montarse en aquella fortaleza móvil, con sombrías perspectivas de ataud. Sigilosamente, anticipándose unas horas a Batista, se escurrió hasta los muelles del Biltmore, abordó su yate y se dio a la fuga.

De otra parte, la prédica revolucionaria había permeado al Cuerpo de Ingenieros. En los alistados, clases y oficiales existía escasa vocación de lucha. Cada cual estaba consciente de que Batista y Pedraza les enviaban al matadero para un estéril sacrificio. No era un secreto que algunos, bajo los uniformes, escondían ropas de civiles.

Las primeras patrullas insurgentes habían ganado el acceso a la ciudad. Se infiltraron a través de las calles San Miguel, Nazareno, Caridad y otras, cortando las intersecciones de la carretera central, controlando el puente de La Cruz. El comandante Rolando Cubela, al frente de los combatientes del DR, presionaba a la guarnición del escuadrón 31. En la vía férrea, los hombres de Guevara habían atravesado rastras, camiones cargados de gasolina y toda clase de obstáculos.

El convoy blindado detuvo su marcha. Sus gruesas planchas resonaron bajo el impacto de las balas mientras centenares de cocteles Molotov se rompían en llamas sobre las corazas de acero. Por las mirillas, el batallón de ingenieros hacía funcionar desesperadamente sus ametralladoras. Era un espectáculo dantesco el del tren, semejando un reptil prehistórico,

envuelto en llamas y en humo, en mitad de un estrépido infernal.

El maquinista intentó retroceder. Era demasiado tarde. En pocos minutos, comandos audaces habían levantado los raíles a sus espaldas, poniendo otra infranqueable barrera de obstáculos. El convoy quedó descarrilado, bajo la implacable acometida de los "barbudos" de la Ciro Redondo. Desde uno de los vagones volcados, por una de las troneras donde un segundo antes disparaba una calibre "30", asomó un pañuelo blanco sujeto al cañón de un fusil. Era el medio día. Sobre la ciudad se cernía una fina llovizna.

La rendición se tramitó en breves instantes, casi sin formalidades. Los prisioneros, exactamente 401, fueron trasladados a la dependencia de Obras Públicas, donde quedaron bajo la custodia de un pequeño grupo de rebeldes. Un alista, con palabra balbuceante, narró su odisea.

—Fuimos engañados. Al salir nos dijeron que llegaríamos hasta Agabama, reconquistando fácilmente los cuarteles, que ustedes eran un grupito mal armado. Cuando nos atacaron quedamos boquiabiertos... ¡Nos engañaron! ¡Nosotros no queríamos venir!

El botín apresado incluía 8 bazukas, numerosas ametralladoras y más de 80 mil tiros. Como siempre, el ejército de Batista devenía en fuente de abastecimiento de los insurgentes. Las flamantes armas no tardaron en entrar en acción, aunque manejadas por manos distintas a las de aquellos a los que estaban destinadas.

Y dio principio el asalto a la ciudad. Santa Clara entera se alzó en armas contra el tirano. Hasta los propios insurgentes que habían llegado de Oriente, habituados a la devota solidaridad de la población civil, se sintieron conmovidos ante aquella explosión de heroísmo colectivo. El pueblo se lanzó a la calle. Los autos fueron sacados de sus garajes y volcados por sus dueños para cerrar el camino a los tanques enemigos. Desde las azoteas, desde puertas y ventanas, mujeres y hasta niños, arrojaban cocteles a los carros blindados de la dictadura. Era un clamor unánime.

—¡Armas, armas!

Y cuando las recibían, casi sin preguntar como manejarlas, se precipitaban hacia la más próxima zona de pelea, entremezclados con los barbudos cruzados de la libertad, sufriendo con valor lo que les faltaba en experiencia. En el ataque a la plaza del mercado, un veterano del Escambray se arrojó a las piernas y derribó con justificada violencia a una muchacha que, con temeridad suicida, corría hacia los acorralados soldados de Batista, empuñando una pistola.

En el parque Leoncio Vidal, bajo el fuego certero de los mejores tiradores del regimiento, apostados en el Gran Hotel, los rebeldes avanzaban pegados a las paredes, arrastrándose por sobre el asfalto. A diferencia de la campaña en las montañas, esta vez la topografía les era adversa. Estaban en descubierto, bajo la mira de las ametralladoras instaladas en el más empinado rascacielo de provincias. Pero continuaron ganando terreno hasta posesionarse, tras enconada lucha, del Palacio Provincial. El siguiente paso consistía en penetrar en la planta baja del hotel para ir conquistándolo de piso en piso y de habitación en habitación.

IMPORTANTE

El desfile de los grandes responsables civiles de la terrible dictadura que durante siete años sufrimos, continuará publicándose la próxima semana.

Por otras vías progresaban las tropas de Cubela, que a pesar de haber recibido un balazo en un brazo, continuó al mando de las fuerzas del Directorio, tras una cura de emergencia. Uno a uno se desplomaban los baluartes del régimen. Los tanques, en los que tanto confió Casillas para el éxito de los combates de las calles, eran virtualmente prisioneros de la muchedumbre, atascados entre las barricadas de obstáculos de toda especie. Delante de ellos, la ciudadanía tendía cortinas de gasolina ardiendo. Los aplastó la noble cólera del pueblo al que pretendieron intimidar.

Los asesinos del aire no se dieron tregua en su labor. Durante todo el día, las alas negras de la FAE volaron sobre la ciudad martirizada. Empezaron por las afueras, atacando las entradas por Camajuani, el edificio de Obras Públicas, la central en su sección Placetas-Santa Clara, el reparto Páez, el reparto Santa Catalina. Los rebeldes montaron antiáreas en camiones y corrieron a las zonas bombardeadas. El caserío, en las faldas de la loma del Capiro, fue barrido. De entre las ruinas se elevaba un humo espeso y un herdor a carne quemada.

Luego se batieron sobre Santa Clara. Los verdugos de Cienfuegos, los bárbaros que asolaron Sagua e hicieron cenizas San Luis y Alto Songo, iban a escribir el más horrible capítulo en sus expedientes de genocidas. Los viejos tejados de la ciudad de Marta Abreu saltaban sobre calles y edificios, arrojando al aire racimos de escombros.

No se respetaron clínicas ni hospitales. En el de Maternidad, donde médicos y enfermeras dieron ejemplo de abnegado sentido del deber, algunas mujeres alumbraron bajo la metralla, mientras las pavorosas "revientamanzanas" estremecían el edificio y se hacían pedazos los cristales del salón de operaciones. Eran hijos que nacían en un minuto, a la vez terrible y estelar.

En la clínica situada en la carretera de Camajuani, los enfermos saltaban de sus lechos presas de pánico. El corresponsal de la Sección EN CUBA presencié cómo un rebelde, un jovencito de apenas 16 años, abandonaba el abrigo de una columna para salir a la calle batida por los proyectiles de una caza para cubrir con su cuerpo a una niña que corría enloquecida. Escenas similares se vieron en todas partes.

En algunos lugares, los cráteres abiertos por el bombardeo medían hasta diez metros de diámetro. Inmediatamente, los libertadores, las milicias, el pueblo, les convertían en trincheras para rechazar el asalto de los tanques de Casillas. Por el parque Vidal, imperturbable, el Ché Guevara, seguido de su escolta, marchó rumbo al Palacio Provincial. Tenía un brazo enyesado y una pipa en los labios. Ni una sola vez levantó la vista para seguir el vuelo rugiente de los aviones sinestros.

La noche fue relativamente tranquila, con ocasionales cambios de disparos. El comando insurgente ordenó que nadie se moviera de las posiciones que ocupaba para evitar confusiones. Santa Clara ofrecía un aspecto pavoroso, envuelta en humo y en sombras. A ratos, el rastro lumínico de las trazadoras desgarraba la oscuridad. Hacía frío.

Al amanecer del miércoles 31,



Infiel a los generosos ideales de su juventud, cuando participó en la lucha del ABC contra la tiranía de Machado, se doblegó servilmente a la de Batista, protagonizando, desde la Oficina de Coordinación de la Censura del Palacio Presidencial, las grandes y sucesivas agresiones del despota a los derechos de información y expresión del pensamiento. Es Evangelina de la Llera.

último día de un año trágico, retornó la aviación. Las casas de placa monolítica se convirtieron en refugios. Por las puertas, generosamente abiertas, penetraban los vecinos y combatientes apretujados en un sofocante abrazo de solidaridad humana y patriótica. Siempre, por muchos que fueran, cabía uno más. De los techos, a cada pasada de los aparatos de la FAE, se desprendían pedazos del cielo raso. Tan pronto como se retiraban los atacantes, los rebeldes salían a la calle para ganar algunos metros en el incesante avance contra los postreros bolsones de resistencia.

En el sector a cargo del Directorio, las unidades del capitán Abrahantes, destruyeron las últimas tanquetas y carros blindados del escuadrón 31. En una clínica de Placetas le enyesaron el brazo a Cubela, impaciente por regresar a Santa Clara.

—Tengo que seguir peleando hasta la rendición de la ciudad, expresó a los médicos. De ahí para La Habana. Tenemos un compromiso histórico con nuestros muertos del 13 de marzo de tomar el Palacio Presidencial.

Hasta la jefatura de policía se llegó abriendo boquetes de casa en casa. Los santacalareños no solo dieron el permiso solicitado, sino que eran los primeros en empuñar las piquetas para echar abajo las paredes de sus residencias. Las calles lucían limpias de rebeldes, mientras éstos, ocultos de los franco tiradores enemigos, se iban acercando al objetivo.

Entretanto, los cadáveres yacían esparcidos por todas partes y los heridos agonizaban en la vía pública. Cuántos pretendieron recogerlos, pagaron con la vida el generoso empeño. Los encallecidos sicarios de Batista, los "chivatos" acorralados eran insensibles a todas las consideraciones humanas. El mando insurgente, a través de la Cruz Roja, solicitó una tregua, al solo propósito de enterrar los muertos y conducir los heridos a lugar seguro.

Respuesta insolente de Casillas: —No hay tregua. Exijo la rendición.

Al parecer, el jefe del regimiento Leoncio Vidal no se había percatado aún de la magnitud del desastre. O acaso, engañado y traicionado por el taimado sátrapa de Kuquine, ajeno a todo sentimiento de lealtad y consecuencia, cumplía órdenes en espera de refuerzos que nunca le llegaron, porque a esa misma hora ya Fulgencio Batista, Eleuterio Pedraza, los jefes agazapados en Columbia, hacían sus maletas amparados en la inculcable doblez del general Cantillo. El último de los grandes crimenes de Batista se perpetró contra sus propios hombres.

La réplica a la torpe exigencia de Casillas consistió en un ataque general contra la Audiencia, los restos del escuadrón 31, el cuartelillo de Los Caballitos, la jefatura de policía y el Gran Hotel. En la mañana del día de año nuevo, la batalla se había reducido a ope-

raciones de limpieza y a la cacería de los franco tiradores aislados.

A las nueve antes meridiano una comisión de médicos militares del Leoncio Vidal buscó contacto con el Ché utilizando los oficios de la Cruz Roja. Venían a brindarle la rendición del regimiento y la aviación. El ofrecimiento, en apariencia, se realizó a espaldas de Casillas Lumpuy. Guevara se trasladó al campamento militar.

El jefe rebelde, delgado, trigüño, de barba puntiaguda e irregular y larga cabellera bajo la boina negra, se enfrentó al oficial batistero, bajo, grueso, sanguíneo. Hubo un diálogo breve y seco.

—Coronel, vengo a pedirle que se rinda para evitar más derramamientos de sangre.

Y Casillas:

—Comandante, mientras yo tenga una bala no me rindo. Además voy a convertir a Santa Clara en polvo y les voy a sacar a ustedes de la ciudad cueste lo que cueste. Con las armas que yo tengo usted no puede vencerme.

El ché sonrió levemente:

—Coronel, usted tiene las armas, pero ya no tiene quien las empuñe.

La ironía dió en el blanco. Casillas reaccionó con violencia.

—Demos por terminada esta entrevista. Usted puede venir aquí cuando guste.

—No, coronel, usted es el que tiene que ir ahora allá a entregarse.

Hizo una suave inclinación de cabeza ante los oficiales del regimiento y volvió la espalda, sujetando la pipa entre los dientes. Pasó entre los soldados que le contemplaban, entre temerosos y admirados, y montó en el jeep, decorado con una bandera de la Cruz Roja.

Lo que sucedió después entre Casillas y sus hombres no ha podido determinarse. Lo cierto es que se consumó la rendición. El torvo militar, en un precario disfraz civil, huyó sin rumbo fijo. Una patrulla de las fuerzas del comandante Víctor Bordon Machado le atrapó en el central Washington.

El periodista Martín Lliraldi, enviado especial de "Prensa Libre", tuvo ocasión de ver y hablar con Casillas en el batey del Washington. Junto a él, también en calidad de prisioneros se encontraban otros oficiales, entre ellos el teniente coronel Cecilio Fernández Suero, de triste recordación en la zona de Holguín y en Matanzas.

La descripción que de Casillas ofrecía MLI brindaba la estampa de un anormal, oscilando entre arrebatos de furor histérico y períodos de abatimiento. Tan pronto adoptaba una postura arrogante, desafiando su destino, como se le veía receloso y balbuceante, ensayando pueriles justificaciones a su conducta.

JCL empezó formulando una queja. El ruido que hacían los rebeldes le molestaba mucho. El capitán Machín le replicó mientras se acariciaba la copiosa barba:

—Coronel, en una guerra no puede evitarse el ruido... Todas las guerras son ruidosas. Usted debe saberlo si ha estado alguna vez en la guerra... Y en cuanto a dormir, mire, estas pildoras de benzedrina son las que me sostienen en pie. No se queje, coronel...

—¿Por qué, quiso saber el reportero, siendo ustedes superiores numéricamente y con mejores armas perdieron la guerra?

—Eso sucedió simple y sencillamente porque la moral de nuestro ejército estaba a la altura de mis

zapatos. Esa es la verdad. Aparte de eso, hay una razón más para que perdiéramos la guerra, y es que, a la verdad, yo no creía que en el campo hubiera tantos barbudos. Y otra cosa: la guerra de guerrillas, bien organizada, es prácticamente invencible.

Casillas fue trasladado a la cárcel de Santa Clara, pendiente de un consejo de guerra sumarísimo. Cuando le sacaban para comparecer ante sus jueces, intentó desarmar a un escolta y en el forcejeo recibió un balazo mortal que le salvó del paredón de fusilamiento.

El comandante de la policía marítima, Alejandro García Olayón, asesinó del capitán Escalona y uno de los verdugos de Cienfuegos, si se enfrentó al pelotón ejecutor. En sus últimos momentos, AGO fue confortado con los auxilios espirituales de un pastor presbiteriano, capellán del ejército rebelde.

Había finalizado la campaña y la guerra. Cuba era libre.

Soldados de la Libertad

La columna invasora Antonio Maceo salió de Yaguajay a las tres de la tarde del día de año nuevo. Abría la marcha un carro microonda capturado al enemigo. El comandante Cienfuegos ocupaba el asiento delantero, al lado del conductor. Detrás viajaban su ayudante, René López, el ingeniero Guillermo Díaz y el Reverendo Modesto Amo, de los Padres Paules, quien en el decurso del combate permaneció junto a los rebeldes, sirviendo de enlace entre éstos y la guarnición sitiada.

Le seguía un pisicorre puesto al servicio de Agustín Alles, corresponsal de guerra de BOHEMIA y del camarógrafo Raúl Hernández, de Noticuba, que había filmado la batalla de Yaguajay. Más allá la ruidosa caravana de vehículos, camiones, jeep, autos cuajados de barbudos, todavía con los fusiles calientes y las manos oliendo a pólvora.

Atavesaron en triunfo Iguará, Meneses, General Carrillo, Central San Agustín, Zulueta, Placetas y Falcón. Hubo que detenerse. El puente sobre el río, una enorme mole de hormigón y hierro, estaba cortado en sus dos cabezas cerrando el paso. Se trataba de una de las hazañas del Ché. Semanas antes, equipos mecánicos y técnicos de la columna Ciro Redondo, ingenieros, perforadoras, tanques de oxígeno, antorchas de acetileno habían trabajado por más de cinco horas para demoler la sólida estructura. Mientras, patrullas rebeldes protegían la operación.

El convoy tuvo que tomar un desvío, bajando por accidentadas pendientes. El cruce fue lento y penoso. Algunos transportes se rompieron y otros tuvieron que ser remolcados. A las nueve de la noche penetraron en la desolada Santa Clara. En Central y Colón, Camilo detuvo la caravana.

—Que nadie se apee, ordenó. Voy a entrevistarme con el Ché en el edificio de Obras Públicas.

Se acercó al pisicorre de BOHEMIA:

—Ustedes que son periodistas pueden venir conmigo. Acabo de hablar por la micro con Fidel y tengo instrucciones de avanzar sobre La Habana.

—¿Sobre La Habana? —se asombró el emisario de esta Sección. —En que plan?

—En plan de conquista hasta el propio campamento de Columbia. Lo dijo sencillamente, como si

en vez de la primera fortaleza militar de la nación se tratara de uno de los modestos cuartelillos villareños conquistados de un solo bazukazo. En Santiago, alguien había formulado la misma pregunta al comandante en jefe.

—¡Camilo lo hará! fue la respuesta de Fidel.

Los dos jefes de las columnas invasoras conversaron en privado, planificando la marcha sobre la capital. Columbia era el objetivo de Camilo y La Cabaña la meta de Guevara. Cienfuegos informó a su compañero del estado de depauperación en que se encontraban sus tropas tras los once días de lucha en Yaguajay sin apenas probar bocado. Al minuto salieron varios jeeps con órdenes de llevarles 600 sandwiches y 24 cajas de refrescos. Aplacada el hambre, llegó un camión conduciendo parque para reaprovisionar a los soldados de la Antonio Maceo.

Descansaron unas pocas horas y a las cinco y media se reanudó la marcha hacia las provincias occidentales. Esta vez, Camilo tomó el volante de un jeep sin capota, el favorito de los rebeldes en los días de los raid aéreos, encabezando el desfile. A las siete de la mañana cruzaron Esperanza donde ya les esperaba el pueblo en las calles. Los invasores, que nunca pudieron ser contenidos por el enemigo, eran impotentes para romper aquel cerrado cerco de cariño.

El corresponsal de EN CUBA, con sorprendente minuciosidad, registró el horario de la columna. Santo Domingo, 7:35 del 2 de enero; Manacas, 8:00 antes meridiano; límites de Matanzas, 8:20; Colón 8:55. En esta villa matancera descansaron durante dos horas y el comandante recorrió varias calles seguido de una enorme masa humana.

Perico, 10:40; Jovellanos 11:15 y Coliseo a las 11:50. En el glorioso escenario de una de las más grandes victorias del Titán, Camilo hizo alto en el cuartel pidiendo comunicación telefónica con el Regimiento Plácido de Matanzas. Habló con el jefe militar:

—Quiero saber si usted está en disposición de entregar el mando...

Las deficiencias de la línea y el desconcierto imperante en el distrito militar dieron la impresión de que el Plácido rehusaba la rendición incondicional. Camilo se despidió con una advertencia tajante:

—Bueno, yo sigo para allá. Hablaremos personalmente.

A las 12:25 el jeep del jefe rebelde se detuvo a la entrada del establecimiento militar. A través de las cercas, protegidas con corriente de alto voltaje, se percibía la inquietud de los alistados, formando grupos frente a los pabellones. Empero, nada traslucía un ánimo beligerante. Cienfuegos dio instrucciones a sus tenientes:

—Voy a entrar. Manténganse tranquilos, pero alerta.

No fue necesario recurrir a la fuerza. La guarnición, más de 1000 hombres se entregó incondicionalmente. Eran las 2:55 pasado meridiano. Cruzaron por Madruga, Catalina, San José y Cotorro. A las cinco de la tarde, entrando por San Francisco de Paula se divisaba el panorama de la bahía y a lo lejos la cúpula, resplandeciente al sol, del Capitolio.

—Vamos a tomar por la Avenida

de Dolores, dispuso CC. Quiero pasar por mi viejo barrio para saludar a los amigos y familiares.

Al anochecer, el desfile de los héroes hizo trepidar el pavimento de la avenida 26. De los balcones descendían aplausos. En 23 y Avenida de Columbia se volcó la capital para aclamar a los soldados de la libertad. Frente a la posta 6, al pie del obelisco, los centinelas presentaron armas.

Columbia, la cuna del marzato, también era territorio libre.

PODER JUDICIAL

La dignidad de una minoría

LEGABA, con el resurgir de la libertad de prensa, el momento ansiado de facilitar a los lectores de EN CUBA una perspectiva, aunque forzosamente somera, de los sucesivos conflictos habidos entre el régimen anticubano de Batista y la magistratura nacional.

Fueron pocos, pero enérgicos, los togados capaces de cumplir con su deber. Su repulsa al nuevo régimen se manifestó mediante sendos votos particulares, primero con ocasión de ser designado ilegalmente fiscal del Tribunal Supremo Elpidio García Tuduri, y luego al ser discutidos los Estatutos por los que se intentaba darle viso de legitimidad a los asaltadores del poder.

Se opusieron en el Supremo a los Estatutos, usando el voto particular discrepante, los magistrados Montagú, Solórzano, Perera, Zaldivar y Menéndez, hoy designado presidente de ese alto cuerpo por la Revolución, y que se negó a jurar entonces la carta pseudo-constitucional del régimen batistiano.

En la Audiencia habanera hicieron lo mismo Expósito Casasús, Herrera, Merino, Cowley, Moré, Álvarez Tabío y Márquez.

Otra batalla jurídica trascendental, librada en los albores de la tiranía, fue la solicitud presentada por la ortodoxia militante, dirigida por Roberto Agramonte y el inolvidable Pelayo Cuervo Navarro, al Tribunal de Garantías Constitucionales.

Ambos pidieron, en marzo 17 —7 días de vida llevaba la usurpación—, que se autorizara a la ciudadanía a ejercitar la resistencia civil que reconocía la Constitución de 1940. Y se hizo célebre a la sazón el voto particular del magistrado Zaldivar, uno de cuyos párrafos rezaba:

—La resistencia civil es un derecho natural, y el tribunal no tiene por qué autorizarla. Los ciudadanos, en uso de tal derecho, están investidos de todas las facultades para ejercitar dicha resistencia.

Semejante pronunciamiento, de una diafanidad y energía sin precedentes en los anales de la judicatura, fue apreciado por la ciudadanía como una confirmación de su repulsa a la dictadura.

El 27 de febrero de 1953, cuando el marcismo apenas contaba un año de edad, 38 figuras destacadas de la oposición presentaron un recurso de inconstitucionalidad ante el Tribunal de Garantías, demandando la revocación de los Estatutos. Conducido por el letrado Ramón Zaydín, la gestión hizo centrar la pupila ciudadana sobre el oragismo judicial.

Tres figuras demasiado conocidas se personaron entonces para defender la indefendible causa gubernamental: el ex ministro de Hacienda, Mario Díaz Cruz, el abogado Emilio Mazas y el procurador José A. Cabarga.

La tensa situación creada produjo explosiones verbales en que el ánimo bárbaro intentaba revestirse de argumentos:

—Los del gobierno tenemos la fuerza. No se nos puede ganar con golpes de Estado o ante tribunales, dijo insolentemente Leonardo Anaya Murillo, ex fiscal del Supremo y significado incondicional de Batista de todas las épocas.

—No habrá fallo que pueda apartar al general Batista de sus obligaciones y compromisos con la revolución, dogmatizó María Gómez Carbonell.

Y el secretario del usurpador, Raúl Acosta Rubio, insultó a toda la sociedad cubana, declarando:

—No es éste un régimen urgido de justificaciones, sino plenamente justificado. No debemos defendernos, sino atacar. Cuando imprimamos esta tónica, de manera uniforme, a la hombrada marcista, la oposición se reducirá y será menos efectiva.

Era una franca apelación a los atropellos, cumplida poco después por los esbirros de la tiranía.

El Tribunal de Garantías, presidido por Pichardo Moya, rechazó a paso de carga toda una serie de cuestiones previas, planteadas por Zaydín como vocero de la oposición. Cansado de escuchar la misma expresión, el abogado camagüeyano tuvo palabras proféticas:

—¡No ha lugar, no ha lugar! ¡Dios quiera que un día no sea el pueblo el que diga: "¡No ha lugar!"

La respuesta del dictador no se hizo esperar. Usando de facultades especiales, contenidas en los propios Estatutos recién aprobados por mayoría de votos en las diversas salas de justicia, aplicó el trámite de jubilación forzosa a Juan Federico Edelman, Manuel Martínez Escobar y Julián Solórzano, haciéndolos sustituir por colegas de muy escaso prestigio, pero que tenían la única virtud apreciada por el marcismo: la de ser incondicionales de Batista. La flexibilidad del espinazo tenía privilegios sobre la dignidad.

Era deplorable el espectáculo dado por el Poder Judicial de aquella época. A mediados de dicho año, cuando se ventiló la constitucionalidad de los Estatutos del Viernes de Dolores, la mayoría de los miembros del Tribunal de Garantías Constitucionales dieron su conformidad a la usurpación. Sólo seis de ellos, Menéndez, Perera, Solórzano, Rodríguez Narezo, Morrell Romero y Zaldivar, discreparon del resto a través de votos particulares.

Posteriormente, el fallecimiento de varios togados, entre Montagú y Portela, dio oportunidad al batistato para situar nuevos cómplices suyos en los estrados del TSJ, para vilipendio de la justicia cubana.

Se acercaban los años peores de la tiranía. En las Audiencias, donde se ocupan los cargos mediante concurso u oposición, no pudo ser sojuzgada tan completamente la magistratura. En la de La Habana, los doctores Casasús, Herrera, Álvarez Tabío, Moré Benítez, Cowley, Barreras, Hart, Gómez Calvo, Márquez y otros varios, no aceptaron las excusas que brindaban las autoridades policiales del régimen sobre la muerte violenta e irre-

gular sufrida por distintos revolucionarios.

En consecuencia, se dirigieron a la Sala de Gobierno en demanda de una amplia y estricta investigación de los escandalosos casos, sugiriendo que se emplearan jueces especiales para ese fin.

Llegaron las Navidades de 1956, y en Holguín, la próspera ciudad oriental, una ola monstruosa de crímenes ensangrentó la humanísima fiesta cristiana. Veintiséis cadáveres de jóvenes aparecieron en la zona norte de la región. Sectores importantes de la sociedad holguinera, horrorizados justamente, reclamaron justicia. Haciéndose eco del primer clamor general, un grupo de magistrados de la Audiencia local, recién creada, pidió depuración de responsabilidades. Los nombres de los culpables corrían de boca en boca. Cada día resultaba más y más difícil acallar o desviar esa voz ciudadana.

Por aquellos días, los domicilios de los magistrados de la Audiencia de Holguín, Enrique Castellanos y Carlos Díaz Silveira, fueron ametrallados por elementos que gozaban de evidente impunidad, y los agredidos tuvieron que ausentarse de su ciudad. Habían pedido la intervención del Supremo para depurar el drama ocurrido en el solar de Calixto García.

Pero sus colegas del TSJ, de cuya decisión dependía ver reparados esos crímenes —es decir, la mayoría servidora de Batista—, lograron conducir tales iniciativas a un callejón sin salida, utilizando argumentos y sofismas de todo género.

No todo, sin embargo, esta perdido. Inesperadamente brotaban actitudes firmes y valerosas, velando por los fueros de la justicia. Dos de ellas tuvieron efecto en el año de 1957. El Presidente del Tribunal de Urgencia de Santiago de Cuba, Manuel Urrutia Lleó, ganó celebridad inigualada en el juicio por los sucesos del 30 de noviembre, ocurridos en la misma ciudad, y el desembarco de Fidel Castro y sus hombres en el yate *Gramma*. En su carácter de presidente del cuerpo; produjo un voto particular admitiendo el derecho de resistencia cívica contra la opresión (artículo 149 de la Constitución), y pidiendo la absolución de los acusados.

Otro rasgo personal de acusada independencia fue el de Antonio Barreras, de la Audiencia de La Habana, quien procesó al jefe de la prisión de Isla de Pinos, coronel Ugalde Carrillo, por haberlo hallado convicto de un régimen general de maltrato a los presos que tenía por deber custodiar. El gesto del doctor Barreras fue elogiado por la opinión libre de Cuba.

Mientras tanto, los excesos de las autoridades crecían en proporción a las manifestaciones de crítica y descontento que se multiplicaban en la ciudadanía contra el arbitrario régimen marcial. Numerosos funcionarios judiciales, ya fuera por ser adictos de la usurpación o por temor a crearse dificultades, se hicieron los desentendidos frente al cuadro de abusos y crímenes. Pesaba más moralmente, no obstante, la dignidad de una minoría de funcionarios del Poder Judicial, que pedía incansablemente jueces especiales para dilucidar los casos más escandalosos y procesaba a aquellas autoridades, militares o policíacas, contra las que aparecían indicios de criminalidad.

Estas contadas, pero muy significativas y resonantes iniciativas judiciales suscitaban frecuentes con-

flictos entre la alta jerarquía marcial y dichos dignos togados. Empezaron a escucharse los más incíviles ataques contra los magistrados rebeldes, tanto en la radio como en la prensa gubernamental.

Voceros vesánicos, como Cándido Mora, lugarteniente de Santiago Rey, o más circunspectos y aviesos, como Andrés Domingo y Gastón Godoy, lanzaron amenazas contra la inamovilidad del Poder Judicial. El último reclamó su supresión a principios de 1957, en un banquete del cabaret Tropicana, olvidando o menospreciando su condición de ex decano de los abogados habaneros. Llamó "santones" a los magistrados y los acusó de "envenenar la conciencia pública". Tal era el estado de ánimo reinante en las esferas más exclusivas del despotismo.

Pese a su disgusto íntimo, el dictador no se decidía aún a tomar medidas hostiles. Temía la repercusión de las mismas sobre una ciudadanía abiertamente inconforme con su régimen. Y los magistrados celosos de sus prerrogativas: Casasús, Álvarez Tabío, Herrera y otros, no se dejaban intimidar por los ruidos selváticos de los propagandistas batistianos.

Los nuevos hechos de sangre de los que eran autores oficiales de la policía y víctimas algunas figuras destacadas de la oposición dieron pie a un grupo de magistrados de la Audiencia habanera para pedir con reiteración a su sala de gobierno la investigación de los sucesos.

A fines de marzo de 1958, un acontecimiento inusitado colmó las iras del régimen contra un núcleo de togados dignos. Uno de éstos, Francisco Alabau Trelles, designado poco antes juez especial en tres causas simultáneas por la muerte de distintos revolucionarios, se atrevió a procesar con exclusión de fianza a los dos monstruos principales de la represión batistiana: los celeberrimos Esteban Ventura Novo, de la Policía Nacional, y Ju-

lio Laurent, de la Marina de Guerra.

Este audaz intento de efectiva justicia enfureció al tirano. Comprendió que tenía dos caminos; o mandaba a las prisiones de La Cabaña a sus verdugos preferidos o suspendía las garantías, con el fin de transferir la causa a los tribunales militares.

No meditó el dilema por mucho tiempo. Optó por suspender los derechos individuales. Así se conoció en todo el mundo que el batistato llevaba a la máxima expresión su desafío del derecho y la justicia.

Dentro del Poder Judicial, empero, no es fácil forzar la maquinaria del escarmiento contra los audaces magistrados, acusados por los marcialistas de ser agentes del 26 de Julio en los tribunales. El hecho de dirigirse a sus superiores pidiendo la investigación de un hecho delictivo, como lo habían hecho ellos, no integraba ninguna de las "causales de separación" a que se refería el artículo 103 de la ley orgánica del Poder Judicial.

Además, practicar expedientes de separación contra ellos les daría la oportunidad de defenderse en vista pública, lo cual demoraría el acto vindicativo del régimen y daría peligrosa difusión a la arbitrariedad que intentaba cometerse.

Pero semejantes obstáculos eran minucias para el Monstruo. Asesorado por sus leguleyos, eliminó de un plumazo los reparos legales existentes mediante la promulgación del acuerdo-ley No. 1 de 2 de abril de 1958, por el cual reformaba la legislación orgánica del PJ. En un párrafo amazacotado, repleto de insidiosos paréntesis, inventó cuantas nuevas causales de separación se le ocurrieran.

En el venenoso engendro se hacía culpables a los funcionarios judiciales, sin excepción de situaciones, y se les declaraba separables de su cargo, por "manifestaciones, expresiones, comentarios, frases o palabras en actuaciones relaciona-

das con su cargo, así como en escrito privado, público u oficial"; de igual modo por "criticar o censurar cualquier norma, conducta, orden, disposición, acuerdo o resolución de clase alguna...", producidos por organismos superiores.

Igualmente merecerían esa eliminación por "solicitar medidas, gestiones, reglas, normas de conducta o actitudes que puedan tender a presentarlos, expresa o tácitamente, como políticamente enmarcados en cualquier bando, grupo o facción política en conflicto o activos en el país..."

Las nuevas "causales de separación" en suma, eran un traje confeccionado exactamente para que pudiera meterse dentro de él a la fuerza a los magistrados odiados por la pandilla gobernante. El viejo principio de derecho, según el cual "no debe haber crimen ni pena sin una previa ley penal que lo establezca", fue escandalosamente violado, a pesar de estar consagrado en la Constitución de 1940.

Asimismo se borraron de golpe todos los requisitos legales y garantías relativos a la defensa de los altos funcionarios a quienes se proponían fulminar los usurpadores. Basta transcribir un párrafo del artículo 91 de la ley orgánica, tal como quedaba redactado ahora:

—El expediente se terminará sin excusa alguna ni ulterior demora, en el término improrrogable de siete días naturales, aunque no se hubiesen practicado todas las pruebas de cargo y descargo relativas a los hechos imputados.

Preparado de esta forma el camino, los dóciles esclavos del régimen, Elpidio García Tuduri, fiscal del Tribunal Supremo, el presidente de dicho organismo, Santiago Rosell, y el ministro de Justicia Bernardo Caramés, pusieron en marcha la máquina de oprobio. Tal como la habían confeccionado, no tenían que esperar a que los "culpables" cometieran los nuevos "delitos": ya los habían hecho.

En la Sala de Gobierno del TSJ obraba ya, elevado oportunamente por la Audiencia habanera, uno de los muchos escritos elaborados por el grupo de magistrados celosos del fiel cumplimiento de la ley y dirigidos a sus superiores. Llevaba la fecha del 6 de marzo de 1958 y lo calzaban las firmas siguientes: Juan J. Expósito, Alfredo E. Herrera, Fernando Álvarez Tabío, Juan Bautista Moré, Enrique Hart, Jorge A. Cowley, Miguel F. Márquez, Eloy G. Merino, Manuel Gómez Calvo, José Montoro, Pedro Lucas Lozano, Domingo Romeu Jaime y los jueces Felipe Luaces y Juan F. Rodríguez Soriano.

Valía la pena revisar el texto de la valiente denuncia, levantada frente a los fusiles del marzato:

—Nunca se ha visto tan burlada, escarnecida y vilipendiada la Administración de Justicia cubana, como ha venido siéndolo en estos últimos tiempos, comenzaban, y seguían la relación de hechos:

—No hemos hallado que con anterioridad se diera muerte por un soldado a los dos hijos de un Juez, se sometiera a fuego de ametralladora las casas de dos magistrados, estallara una bomba en la morada de otro, se hiciera prisionero por miembros de la fuerza pública a un magistrado que actuaba como inspector electoral, manteniéndolo incomunicado y privado de alimentos, se impidiera por carros patrulleros de la Policía Nacional la práctica de diligencias judiciales, se burlara y desconociera la institución

en CUBA



LA VISITA A "BOHEMIA" DEL "DIRECTORIO REVOLUCIONARIO"

Destacados representantes del "Directorio Revolucionario" visitaron la Revista BOHEMIA para saludar a nuestro Director, doctor Miguel Ángel Quevedo, por sus luchas en favor de las libertades públicas. En la foto aparecen los comandantes Faure Chomón, Secretario General, Gustavo Machín y Raúl Díaz Argüelles, miembros del Ejecutivo del "Directorio Revolucionario"; doctor Primitivo Lima, doctor Enrique Rodríguez Loeches, doctor Manuel Ledón, arquitecto Julio García Olivera, Alberto Mora Becerra, Luis Blanca, Jorge Martín y Héctor Salinas, oficiales de prensa, Carol Mediavilla, Jefe de la escolta del Comandante Chomón, el periodista del Directorio Alexis Ferrá y nuestro compañero José Luis Massó.

secular del **habeas corpus** dejando incumplidas las órdenes de libertad decretadas por la Sala de lo Criminal del Tribunal Supremo y parecieran muertos a tiros en este distrito judicial ciudadanos cuya presentación había sido ordenada por la Audiencia en recursos de aquel carácter.

—Por otra parte es notorio que vicios como el juego y la prostitución se explotan por los llamados a perseguirlos y que la lista de muertes violentas y de asesinatos de personas detenidas crece a diario, incluyéndose en ella hasta adolescentes y mujeres, sin que por falta de cooperación policiaca se descubran los autores.

—Apenas queda alguna Audiencia en que por falta de vigilancia adecuada no se haya declarado un incendio o estallado una bomba. A pocos metros de la sede del Tribunal Supremo es balaceado un hombre sin que la policía haya podido evitarlo ni perseguir a los asesinos. Se amenaza e injuria públicamente con total impunidad a un magistrado que en función de juez especial instruye causa en averiguación de los hechos.

—Finalmente constituyen también hechos notorios que en los términos municipales de Santiago de Cuba, Guantánamo, Palma Soriano, Bayamo, El Cobre, Manzanillo y Niquero los casos de muerte violenta (personas balaceadas, torturadas, ahorcadas) se suceden a diario y los jueces son interferidos en sus funciones por la fuerza pública, privándoles de los medios indispensables para el ejercicio de su ministerio.

Seguidamente venían los comentarios:

—Este estado de cosas presenta al Poder Judicial de la República ante la Nación como un organismo debilitado o deprimido. La Sala de Gobierno del Tribunal Supremo advirtió a los jueces que "cada funcionario representa íntegramente, dentro de los límites de su respectiva competencia, la autoridad del Poder Judicial con todas sus atribuciones y también con todas sus responsabilidades y cada uno de ellos tiene a su cargo por virtud de su ministerio, la defensa del prestigio de los Tribunales" (Acuerdo 25 de junio de 1926).

—En circunstancias análogas, aunque no tan graves como las actuales, dijo el señor Presidente del Tribunal Supremo "que es cosa indispensable desde el punto de vista de la estabilidad nacional el empeño de mantener inalterable el ordenamiento de la justicia y vigorosos y autónomos los organismos que le sirven y que, en consecuencia, no son esfuerzos de los cuales es lícito prescindir aquéllos que se encaminen a mantener el fuero constitucional de los Tribunales y que agotados inútilmente todos los medios para conseguir esos fines, no es para el Poder Judicial edificante ni decoroso el silencio".

—Por todo lo expuesto, sin ánimo de hacer sugerencias que veda la disciplina, pero creyendo cumplir en lo que nos concierne la obligación que nos impone el acuerdo antes referido, suplicamos a la Sala de Gobierno se digne adoptar los acuerdos que estime procedentes.

A base de tan luminosa evidencia celebró sesión, el 18 de abril último, la Sala de Gobierno del Tribunal Supremo. Sus integrantes debían resolver sobre un clamor de conciencia jurídica basado en sucesos reales. Para los empeñados en tapar la ignominia imperante,

aquella exposición escrita resultaba una voz intolerable, que estaban decididos a sofocar.

El procedimiento fue dirigido en primer lugar contra el magistrado Enrique Hart Ramírez, padre de los jóvenes revolucionarios Armando y Enrique Hart Dávalos, este último caído violentamente en Matanzas: A EHR se le acusaba de haber firmado el escrito del 6 de marzo, cosa cierta, y de "realizar actividades revolucionarias", una solemne falsedad.

El segundo expediente comprendía a tres presidentes de sala de la Audiencia de La Habana: a Expósito Casasús, de la Primera de lo Civil; Herrera Estrada, de la Segunda de lo Civil y lo Contencioso-Administrativo, y Alvarez Tabío, de la Segunda de lo Criminal. Se les acusaba de haber firmado el escrito del 6 de marzo, induciendo a los demás magistrados y jueces a hacerlo, y de solicitar la designación de funcionarios especiales para conocer los desafueros de las autoridades, cada vez que éstas los cometían.

Dos magistrados de nuevo cuño, nombrados por el batistiano para servir de títeres a sus designios, se encargaron de instruir los expedientes: Raúl López Ibáñez, protegido de Gastón Godoy, y el juez de Instrucción de la Sección Segunda, Mario Quiros Macías.

La noticia de que se iniciaban los expedientes de separación causó en los círculos judiciales una indignación frenada por el despotismo. Los dos encausados tenían una reputación intachable por su rectitud, honestidad, competencia y laboriosidad en el ejercicio de sus funciones.

El magistrado Casasús (59 años de edad), había ingresado en el PJ mediante oposiciones, como juez municipal de Manzanillo, y actuado en Camagüey, San Antonio de las Vegas y Jovellanos. En 1930 compitió con Gonzalo Freyre de Andrade por la cátedra de Filosofía del Derecho de la Universidad de La Habana. Más tarde pasó a ser magistrado de la Audiencia habanera y fue promovido a presidente de sala. En este cargo se hizo famoso por su actitud decidida contra la corrupción y el nepotismo. Era autor de numerosas obras literarias y jurídicas. Muchos traductores extranjeros y nacionales le habían honrado con sus elogios.

Alfredo Herrera, (71 años) se graduó de abogado en 1910. Ingresó en el PJ en 1916, como juez de primera instancia de Victoria de las Tunas. Después fue funcionario judicial en Guane, Bejucal y Camagüey. Promovido en 1923 a magistrado de la Audiencia de Pinar del Río, ocupaba últimamente la presidencia de la Sala de lo Contencioso-Administrativo de la Audiencia habanera.

Fernando Alvarez Tabío (51 años), ingresó en el PJ como juez municipal de Limonar, en 1933, ocupando distintos cargos en Calmito del Guayabal, Artemisa y Guanabacoa. Designado posteriormente magistrado de la Audiencia de La Habana, actuó durante mucho tiempo en la sala de lo Contencioso-Administrativo. Tenía publicada una obra sobre ese aspecto de la jurisprudencia, la cual se consideraba la mejor existente.

Enrique Hart Ramírez, (58 años), había arribado al PJ en

1926, ocupando cargos en Trinidad, Baracoa, Artemisa, Sancti Spiritus, Colón y otras ciudades. Era, como los demás, un funcionario fiel a los principios de la justicia, sin declinar jamás su deber.

Otro procedimiento similar se inició contra la figura más prestigiosa de la jurisprudencia cubana: Manuel E. Urrutia Lleó, autor del sonado voto particular en juicio celebrado por el Tribunal de Urgencia de Santiago de Cuba contra los expedicionarios del Gramma y los rebeldes capturados en la capital oriental.

Exilado entonces en Nueva York y propuesto para la presidencia por el 26-7- Urrutia se hallaba jubilado por el régimen batistiano, pero éste se proponía con el expediente privarlo de su derecho a la pensión que le correspondía. La sana marista perseguía con el hambre a los que no podía eliminar físicamente. Funcionario probo, Urrutia Lleó no contaba para vivir con otros medios.

La guillotina dictatorial se ejerció contra el juez municipal de La Esmeralda, Ricardo Alvarez García. Se le señalaba por algo que era horrendo a los ojos de la tiranía y honroso para todo ciudadano honesto: haber dirigido escrito a la Audiencia de Camagüey, notificándole que abandonaba el cargo por estimar imposible la aplicación de la justicia bajo el batistiano.

—Regresaré cuando reinen de nuevo en mi patria la libertad, la democracia y el derecho, hizo saber enfáticamente.

Los arbitrarios expedientes fueron sustanciándose entre la expectación general de las esferas judiciales. Sólo mediante cuchechos recelosos podían ejercitarse entonces la crítica contra los abusos oficiales en los predios de la judicatura.

Pero las excepciones eran más brillantes que la regla. En medio del sometimiento general, dignísimos magistrados dieron el necesario paso al frente. Fueron Juan B. Moré Benítez y Jorge Cowley, acompañados de los jueces Felipe Luaces Sebrango y Juan F. Rodríguez Soriano. Todos ellos presentaron un escrito a la Sala de Gobierno del TSJ, haciéndole saber:

—Hemos tenido conocimiento de que se acusa a los doctores Casasús, Herrera y Alvarez Tabío de habernos inducido a firmar el escrito del 6 de marzo. Queremos aclarar que tal cosa no es cierta, ya que lo firmamos por nuestra propia voluntad y no inducidos por nadie.

Otra comunicación en el mismo sentido fue dirigida por los togados Márquez de la Cerra y Merino Brito.

El magistrado Zaldívar dio pruebas, asimismo, de notable integridad. Cuando se intentó someter a la jurisdicción disciplinaria a sus compañeros y fue designado ponente, propuso a la Sala de Gobierno la exoneración de los inculcados. No se limitó a ello, sino añadió la recomendación, dirigida a los jueces y tribunales de orden inferior, de rescatar el estado de derecho, conculcado por una situación de fuerza.

La ponencia de Zaldívar fue diferida por el presidente del Supremo, Rosell, con el deliberado propósito, llevado a pleno éxito, de

que se promulgara un acuerdo-ley regulatorio de nuevas causales que permitieran juzgar con efecto retroactivo a los dignos togados que se atrevieron a pedir investigación sobre las tropelías del régimen.

Establecido recurso de inconstitucionalidad por el magistrado Herrera —separado más tarde—, contra la erradicación de sus colegas, y resuelto por la mayoría sumisa a Batista oponerse a la medida, el magistrado Zaldívar salvó su voto, declarando con lugar dicho recurso.

Era un hermoso gesto y una magnífica oportunidad que daba ese pequeño grupo de miembros del PJ a sus compañeros; pero la mayoría de la Sala de Gobierno prefirió desoir la llamada del honor, y decidió la formación de expedientes no sólo a los que habían sido encausados inicialmente, sino también a éstos últimos.

Transcurrieron las tres primeras semanas de mayo sin que se supiera nada sobre el curso de la farsa judicial que se preparaba. El presidente Rosell, actuando como representante de Batista en ese responsable cargo, tomaba severas medidas para que nada trascendiera de lo que se confeccionaba en la torva cocina del vetusto edificio situado en Tacón y O'Reilly.

Al fin, ya expirando el mes de mayo, se dio a conocer la inminencia del espurio juicio; sólo que las opiniones estaban divididas dentro del organismo encargado de sustanciarlo. El magistrado Julio Garcerán razonaba una y otra vez para convencer a sus compañeros de los efectos negativos que tendría la medida de separación sobre el prestigio y la seguridad institucional del PJ.

Los servidores del gobierno, por su parte, no llegaban a una conclusión unánime. Había acérrimos partidarios de la separación, como Río Balmaseda y Monteagudo, y temerosos de sus consecuencias, entre ellos, el villaclareño Vidaurreta, quien lucía preocupado.

Llegó el martes 27 de mayo. A las tres de la tarde comenzó a discutirse el acuerdo en el salón del segundo piso destinado a la Sala de Gobierno. En las paredes, con mirada vigilante, como estampa de la judicatura pasada, colgaban retratos de los anteriores presidentes del Supremo.

Tomaron asiento, ante la larga mesa ejecutiva, los togados Rosell, Goizueta, Nieto, Piedra, Río Balmaseda, Busquet y Garcerán, integrantes de la Sala. El primer caso que se sacó a discusión fue el del magistrado Enrique Hart.

Rosell, en su carácter de presidente, ensayó una débil justificación de su conducta:

—Se me acusa de que soy débil en el mantenimiento de la disciplina dentro del Poder Judicial, pero eso no es así...

A decir verdad, se le acusaba de cosas mucho peores. Pronunció su voto:

—Soy partidario de la separación de los doctores Hart, Casasús, Herrera y Alvarez Tabío... Se les ha llamado la atención, en numerosas ocasiones, y ellos han insistido una y otra vez en su actitud de rebeldía contra el actual gobierno.

El magistrado Garcerán, a su vez, salió en defensa de Hart:

—Señores, lo que se pretende es muy grave. El doctor Hart es un prototipo de buen funcionario judicial, discreto, laborioso, competente, honrado. ¿Saben ustedes lo que significa lanzar a una persona semejante fuera del Poder Judicial, a la miseria más espantosa, solamente por el hecho de que sus

hijos sean revolucionarios? Tal cosa, señores, es una injusticia. Por eso me opongo a la separación.

En cambio, Río Balmaseda, que veintiséis años atrás procesara al "Chacal de Oriente", Arsenio Ortiz, por crímenes similares a los que cometían ahora Ventura, Laurent, Río Chaviano y Salas Cañizares —entre otros muchos—, habló sin embozo contra sus compañeros de profesión:

—Hay que realizar un buen escarmiento, señores. Estos magistrados "les hacen el juego" a los que alteran la paz pública y el orden, practicando la insurrección, el terrorismo y los atentados.

El debate se generalizó. Pronto se vio que la medida separationista contaba con la mayoría. Garcerán empleó una táctica dilatoria para ganar tiempo:

—Yo necesito estudiar mejor este asunto para formarme una opinión. Pido que se suspenda la sesión y se me entreguen los expedientes.

—De ninguna manera —replicó Río Balmaseda—. No se debe acceder a la solicitud del doctor Garcerán. Hay que votar el acuerdo propuesto, inmediatamente.

Sin embargo, la proposición incidental de Garcerán hizo vacilar a la mayoría y la decisión fue aplazada para el día siguiente.

Ese mismo día, por la noche, un grupo de conocidos abogados trató de arreglar el asunto mediante una gestión personal en las altas esferas de la dictadura. Con el bombín simbólico en la mano, los doctores Gorriñ, Raúl de Cárdenas, Cubas, Llaguno, Julio Batista y Núñez Mesa, solicitaron audiencia del dictador.

Las puertas del segundo piso del Palacio Presidencial estaban cerradas herméticamente. Derivaron hacia las oficinas de Gonzalo Güell, ilustre primer ministro de la pillocracia.

Encorvando su larga figura, el diplomático hizo esfuerzos por justificar el degüello judicial de los dignos magistrados, pero al cabo se mostró más conciliador:

—Yo veré al honorable señor Presidente sobre este asunto. Sería conveniente que uno de ustedes me telefonara mañana, a ver qué solución podemos hallarle a esta espinosa cuestión.

Al día siguiente, GG se comunicó con Gorriñ:

—El gobierno está decidido a que esos señores salgan de sus cargos. Ahora bien, si ellos se jubilan, los expedientes de separación podrían ser archivados. Es lo más que se puede hacer.

Gorriñ se encargó de transmitir la sugerencia oficiosa, y se comunicó primero con Álvarez Tabío, quien le manifestó:

—Me encargo de trasladar la propuesta a mis compañeros, pero le anticipo mi parecer de que ninguno de ellos la aceptará.

Fue un pronóstico exacto. Álvarez Tabío regresó horas después, acompañado de Cowley, con un recado negativo:

—Todos nuestros compañeros rechazan la proposición. Preferimos que nos separen y que se nos prive de la jubilación antes que pedir voluntariamente un retiro que implicaría hacernos responsables de faltas que no hemos cometido. Que el gobierno y el Supremo hagan lo que quieran. Nosotros hemos cumplido con nuestro deber y no nos arrepentimos de haberlo hecho.

Faltaba sólo por consultar al magistrado Herrera Estrada, a la sazón en Miami. Dos días más tarde, por la vía internacional, el ausente

se sumaba al sentimiento de sus colegas. Así se le hizo saber a Güell.

Inmediatamente, otro compenador del régimen entró en acción: el inevitable Yoyo García Montes, que ocho meses más tarde se fugaría con Batista del territorio nacional huyéndole a la revolución triunfante.

El ex-Premier llevaba cometido idéntico: persuadir a los togados rebeldes a que se sometieran. Tarea imposible. Casasús le respondió, tajante:

—La dignidad está por encima de las conveniencias personales. Al día la historia fallará definitivamente.

El momento estaba más cerca de lo que todos pensaban.

Fracasada la mediación, se rompieron de nuevo las hostilidades. El 2 de junio, sin mucho debate, la Sala de Gobierno "decapitó" a los insurgentes del Poder Judicial: Casasús, Herrera, Álvarez Tabío y Hart.

Hubo solamente dos excepciones. Garcerán votó por la absolución y salvó su voto. Piedra se pronunció por la imposición de un correctivo, arguyendo que los magistrados objeto de juicio sólo habían infringido un acuerdo de la Sala de Gobierno que prohibía dirigir escritos a la misma.

El fallo era el más arbitrario y abusivo jamás puesto en práctica en el Poder Judicial cubano, pues encima de separar de su carrera a esos antiguos y honorables funcionarios los privaba de su jubilación. Y pronto se supo que tanto el exmagistrado Urrutia como el juez de La Esmeralda los acompañaban en el mismo infortunio.

Días después, los restantes rebeldes de la judicatura padecían igual suerte: los doctores Juan Bautista Moré Benítez, Jorge Cowley, Felipe Luaces Sebrango, Juan Francisco Rodríguez Soriano, Eloy Merino Brito y Miguel F. Márquez.

Otra de las tropelías cometidas por la marzocracia fue la constitución de la llamada Sala Segunda de lo Criminal, en funciones de Tribunal de Urgencia. Dicho organismo, constituido dictatorialmente, integrado por su presidente Cabezas; el fiscal Francisco Zayas; el teniente coronel retirado José Figarola, ahora magistrado por obra y gracia del régimen; el ex-jefe de primera instancia de Guanabacoa, Benito Martínez Nebot, sobre el que caía la toga manchada del batistato, y Vignier y Solís Carrillo, que ya pertenecía a Urgencia en su forma anterior.

La oposición ciudadana a la creación de dicha sala fue pública y enérgica, al extremo de que la Facultad de Derecho de la Universidad de La Habana se negó a integrar los colegios electorales previstos por la Ley para la designación de esas magistraturas, señalando que la jurisdicción de Urgencia que se creaba en el Tribunal Supremo para consagrar la represión era francamente inconstitucional, y constituía "una evidente amenaza contra esenciales derechos".

Cabezas y Zayas eran viejos servidores de Batista en la maquinaria, tan ajetreada y bien engrasada, de la penalidad de carácter político, que a tantos cubanos había hecho sus víctimas.

La repercusión de tanto desfuerzo fue general, no sólo en la sociedad cubana, sino en el resto de América, y aún en Europa. En La Habana, desafiando la represión desatada por las fieras del régimen usurpador, un grupo de cuarenta

y cuatro abogados, entre los cuales figuraban Luis Ricardo Alonso, Mario Alzugaray, Francisco Carone, Manuel Dorta Duque, Rosa Ravelo, Alfredo Yabur y Andrés Valdespino, hicieron circular clandestinamente, bajo sus firmas, un documento dirigido a la nación protestando contra el atropello inculcable cometido en el Poder Judicial.

Exilado de Cuba por su vertical y honrosa actitud en defensa de su profesión y del derecho ciudadano, el decano del Colegio de Abogados de La Habana, José Miró Cardona, leyó ante el congreso de los letrados de la Florida una medular, extensa y enérgica exposición en que no faltó rasgo esencial del drama jurídico, y humano que padecía Cuba. Concluyó citando la definición estampada en los Mandamientos del Abogado:

—Que en mi patria "renazca la fe en el Derecho, que es el mejor instrumento de convivencia humana; en la Justicia como destino normal del Derecho; en la Paz como sustantivo bondadoso de la Justicia y, sobre todo, la fe en la Libertad, sin la cual no hay Derecho, ni Justicia, ni Paz."

Palabras como éstas eran el mejor colofón de cualquier examen panorámico sobre el vía crucis de la justicia de Cuba.

Pero ya llegaba la hora de las reivindicaciones. Las primeras decisiones del régimen revolucionario en el Poder Judicial, designando presidente del Tribunal Supremo al magistrado Emilio Menéndez y Fiscal de la República a Felipe Luaces Sebrango, eran nuncios de resurrección para la judicatura.

LOS PRIMEROS PERIODISTAS...

(Continuación)

des, se valía de cien medios diversos, utilizando a los heroicos correos de la Sierra para que, de vez en cuando, la prensa nacional tuviese noticias y hasta fotografías de las cosas que pasaban en la zona que estaba bajo su control.

Pero las dificultades, en lugar de arredrar a los reporteros cubanos les acaicaban más aún. Y, al fin, uno de ellos logró romper el cerco de los soldados batistianos y tras un azaroso recorrido puso sus plantas en territorio libre de Cuba, en los lugares de la Sierra Maestra en que Fidel Castro tenía su campamento. Cupo ese honor a un joven y valioso miembro del staff de BOHEMIA, Agustín Alles Soberón, que fue así testigo de excepción de aquella anormal forma de vida, asumida a plena voluntad por un grupo de cubanos que con las más disímiles y rudimentarias armas, se oponía a los bien pertrechados ejércitos de la dictadura sobre los que obtenían, pese a eso, resonantes victorias.

Pero si Agustín Alles era la pluma que podría más tarde contar esas hazañas, faltaba la cámara que recogiera en celuloide las escenas de los campamentos, de los combates, de la retaguardia. Y así llegó a la Sierra otro periodista criollo, periodista de fibra, laureado en distintas ocasiones anteriores por logros profesionales: Eduardo Hernández, "Guayo", quien arribó a las empinadas laderas de la Sierra con sus cámaras que serían ojos avizores que no dejarían pasar nada interesante sin recogerlo para la posteridad.

"Guayo", director de Noticuba y miembro también del personal de BOHEMIA, formaría, con Agustín Alles, la pareja perfecta para que la prensa cubana tuviese en la Sie-

rra sus representantes, como ya lo tenía la mujer criolla y el clero insular.

Después, cumplida su misión en la región oriental, Agustín Alles buscó otros campos de acción. Ya conocía de los ascensos difíciles y de la vida de los campamentos; ya era un veterano en ese azaroso aspecto de la profesión que es el de ser corresponsal de guerra. Y Agustín Alles fue entonces al Segundado Frente de Las Villas y, no en una sino en varias ocasiones, estableciendo así contactos entre los combatientes y los que en las ciudades y en la propia capital de la República formaban parte del ejército de los soldados de la Libertad.

En esta hora de júbilo nacional, cuando la prensa cubana —amordazada por la censura del régimen— recobra su libertad de acción, BOHEMIA se satisface en saludar a los dos compañeros que supieron, en momentos difíciles, poner bien en alto el gallardete de honor de los buenos periodistas cubanos.

APOTEOSIS EN LA CAPITAL...

(Continuación)

testigos de la entrada triunfal en San Cristóbal de la Habana del hombre que, desde las empinadas cimas de la Sierra había lanzado a sus hombres por los llanos de Camagüey, por las alturas de Las Villas; por toda la isla, como heraldos de una nueva era: la de la nueva Cuba.

Y Fidel Castro entró en La Habana como no lo soñó nadie. No hay palabras que puedan describir lo que pasó en la capital de la República en la tarde de este día, 8 de enero de 1959.

Fue la apoteosis de las apoteosis; fue como si un río, como si un mar de seres humanos, llenase las calles, los paseos, los parques, las avenidas.

Y sobre el tanque de guerra, el tanque arrebatado a la dictadura en sin igual combate venía el héroe. Así entró en la ciudad y así lo vieron muchos. El combatiente sin par no podía tener otro vehículo, para el pedestal digno a su grandeza.

Después cambió de vehículo; ahora era un jeep, sobre el que descendía desde los balcones una lluvia de pétalos de flores que las manos de las mujeres dejaban caer sobre la caravana. Y con las flores iba, inmaterial aunque presente, el agradecimiento de un pueblo que se sabía libre por el sacrificio de aquellos hombres.

Por el Prado, por el Malecón, por el Vedado; en todas partes la muchedumbre se apretujaba, perdía casi el aliento. Pero se mantenían firmes. No importaba que pasaran las horas. Había que esperar a Fidel. Y lo vieron. Y lo oyeron. Después podían irse tranquilos. Ya nadie les contaría. Ellos habían visto al héroe.

BOHEMIA pospuso su cierre para poder recoger algunos aspectos de la llegada de Fidel y de sus tropas. Imposible, dada la premura del momento el ofrecer una información completa de ese acto que es, lo repetimos, lo más grande que se ha dado en Cuba en materia de manifestaciones populares. Pero las fotos que brindamos dan una idea del mismo. En nuestra próxima edición, ya con más tiempo, ofreceremos una información más detallada de este hecho que hará historia en nuestra patria y que será inolvidable para todos los que en él participaron.